

ABILIO
ALONSO OTAZO:

PARTITURAS
DE UNA VIDA



ABILIO ALONSO OTAZO

PARTITURAS DE UNA VIDA

Edita:

Ilustre Ayuntamiento de Candelaria

Alcalde:

José Gumersindo García Trujillo

Concejal de Cultura:

Alfredo Blas Arencibia Saavedra

Autora:

Paula Hinojosa

Ilustre Ayuntamiento de Candelaria

Concejalía de Cultura, Juventud,

Identidad Canaria, Fiestas y Comunicación.

C/ Pasacola s/n. Edificio Zona Joven

38530, Punta Larga Candelaria-Tenerife Islas Canarias - ESPAÑA

Tfno: 822 028 770 - Fax: 822 066 673

cultura@candelaria.es

www.candelaria.es

Imprime:

Litografía Drago S.L. Tenerife.

Iª Edición:

Noviembre 2013

Depósito Legal:

TF 820-2013

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio de difusión o información sin autorización expresa del editor.

Agradecimientos:

Familia Alonso Fariña

Coronel Osorio,
Archivo Intermedio Militar de Canarias

Archivo Municipal de Candelaria

Carmen Luz, Isidoro y Gabriel
de la Banda de Música
de La Victoria de Acentejo

María Gutiérrez,
encargada del Archivo Municipal
de La Victoria de Acentejo

Miguel Ángel García,
Presidente de la Asociación Musical
Ntra. Señora de Guadalupe de La Gomera

PRESENTACIÓN

Hablar de la música en Candelaria es hablar de Abilio y de la Banda de música Las Candelas. Mucho le debe el municipio por el trabajo realizado a lo largo de los años en su tarea como profesor de música y a los frutos que su entusiasmo y dedicación han generado en nuestro pueblo.

Primero, de niño, fue su formación allá en Arafo, en casa de D. Antonio Díaz Fariña con ese clarinete que le dejaron los Reyes Magos. Luego fue un continuo aprender en su objetivo permanente de convertirse en un buen músico. La Banda Militar, las orquestas y por fin su ansiado y deseado proyecto: una banda de música para Candelaria.

Más tarde inició a sus hijos y a sus nietos en la lectura de los pentagramas y esa implicación ha permitido el crecimiento de la Banda Las Candelas en tres nuevos proyectos consolidados, uno infantil, otro juvenil y la Banda Sinfónica Juvenil que ha permitido que muchos niños y jóvenes formen parte de esa gran familia. Y por otro lado, la academia con su labor docente en su nueva Casa de la Música, inaugurada en 2008.

Una vida entregada a una pasión. Esa ha sido y es la vida de Abilio Alonso Otazo. Un camino donde se entremezclan momentos difíciles y muchas alegrías.

Este pequeño libro, retrata a un hombre sencillo, Hijo Predilecto de Candelaria, que ha vivido dedicado al trabajo del taxi, a su familia y a su Banda.

Un director, siempre al frente de sus músicos en conciertos y procesiones. Y en su mano un gesto y una batuta dispuesta para empezar

...¡Música maestro!

Muchas gracias Abilio.

José Gumersindo García Trujillo

Alcalde de Candelaria

PRESENTACIÓN

Si hay alguien orgulloso de algo en Candelaria, ése es Abilio, nuestro director de la Banda Las Candelas. Cada vez que terminaba un concierto, se acercaba a mi para preguntarme con mirada inquisitiva, como si no fuera a darle la razón, —¿Te das cuenta de la banda que tenemos en Candelaria?, Tenemos más de ochenta músicos, es más que una banda sinfónica, te lo digo, para que la cuiden—, y se quedaba esperando mi respuesta... Yo no podía por menos que estrecharle la mano y decirle, ¡Enhorabuena maestro! suenan muy bien, han tocado muy bien, le repetía... y Abilio orgulloso de sus músicos se despedía.

Esta conversación y similares palabras se han repetido en los innumerables conciertos en los que he disfrutado junto al público de Candelaria, tanto en las fiestas como en los auditorios, donde la Banda Las Candelas ha tocado bajo la tranquila y atenta dirección de su batuta.

Ha sido un trabajo tenaz y continuado a lo largo de muchos años, y ha sido ese esfuerzo el que ha atraído a cientos de jóvenes, tanto chicos como chicas, a seguir sus enseñanzas y permanecer junto a él compartiendo la ilusión y la fuerza de la música.

Y es por ese quehacer indesmallable y su entrega a la cultura musical, por lo que el Ayuntamiento ha creado el Certamen Internacional de Composición para Bandas de Música, que llevará su nombre.

Gracias Abilio por gustarte la música y hacernos partícipes de tu orgullo.

Alfredo Blas Arencibia Saavedra

Concejal de Cultura

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	9
El regalo	15
Negras, corcheas, clarinete y saxo	23
¡Ah!.. ila fama y la juventud!.....	37
“La Música”	45
El matrimonio.....	61
Las Candelas.....	71
Un viaje decisivo	85
El adiós de Juan Abilio	97
La vida y las partituras	101

EL REGALO

Temor despertaba Abilio a sus seis años, cuando en su casa jugaba al fútbol, cerca de un cantero de tierra. Su capacidad de provocar destrozos en sus intentos de hacer lucir un gol hizo que cobrara fama bajo el apodo de “Bota Negra”, debido además a sus zapatos negros con clavo en la punta. Las imágenes se confunden hasta hoy en su memoria, con los momentos en que jugaba con los cochitos de alambre, ya que los de madera eran un lujo que pocos niños se podían permitir.

Lázaro Manuel Alonso Castro, nacido en Las Cuevecitas en 1901, era un hombre de buen carácter, alegre y con ciertos gestos de señor, que emanaban de sus manos, sus brazos y sus palabras sin ostentación ni artificio. Era culto para su época y con una caligrafía que revelaba un espíritu agudo y refinado. Quizás por eso, a la hora de casarse, añadió el apellido Otazo a la lista de encantos de Susana, su mujer, ya que le recordaba a las historias de Luis Otazo Marrero, cuyo nombre era conocido para todos los isleños amantes de la música. Se trataba de un abogado, que había llegado a la isla de Tenerife a mediados del siglo XIX, fundando la primera agrupación musical de niños con participantes entre ocho y dieciséis años. Por razones de trabajo, y ya que La Orotava era un pueblo emergente de grandes recursos, había trasladado allí su despacho, lo que no fue impedimento para que, durante al menos un año, él viajara a lomo de burro a dirigir la agrupación que había fundado y que, tiempo más tarde, cuando no pudo hacerlo, muchas personas, por escasos recursos que tuvieran, viajaran a buscar sus clases.

Susana, por su parte, que era hija de Juan Otazo y de Carmen Roque, era pequeña, dos años menor que su marido, de ojos brillantes y oscuro cabello rizado, provenía de La Orotava. Su carácter sencillo y sin dobleces regalaron a Lázaro Manuel una extraña sensación de calidez y tranquilidad que lo decidieron a proyectar una vida a su lado.

Manuel era el tipo de hombre que encuentra el centro de la vida en su trabajo. Su padre había enviudado en 1904, cuando él tenía tres años y su pequeña hermana Vicenta sólo unos meses, contrayendo nuevas nupcias con una mujer que puso toda su alma en ser una buena madre para los hijos de su esposo, convirtiéndose en el modelo más importante de la vida de Vicenta.

El padre de Abilio vivió una vida rigurosa, pero con todo el sentido que podrían darle sus circunstancias. Después de hacer el servicio militar, en los tiempos en que Franco era sólo un teniente, se fue a La Habana, trabajó en la caña de azúcar durante dos años y vivió todo lo que los canarios emigrantes vivieron. Sin darse por vencido, se esforzó lo suficiente para generar algunos ahorros y volver a su isla natal. Al llegar, tan pronto pudo, se casó con aquella mujer transparente y silenciosa, en una ceremonia cuyos detalles se desconocen. Con sus conocimientos de albañilería aprendidos en el ejército, levantó, en el año 1926, una pequeña casa de piedra en una finca aledaña a la de sus padres, que éstos le dejaron por motivo de su matrimonio, junto a varias propiedades de tierra. El matrimonio plantó papas, plataneras y tabaco en el terreno que rodeaba la casa. También guayabos. En otras parcelas, Manuel,

con un entusiasmo siempre constante, plantó algodón. Gracias a su natural intuición, encontraba los lugares exactos donde se debía perforar para obtener agua.

Cuando Susana esperaba a su primer hijo, tuvo un incontenible deseo de comer naranjas, que Lázaro consiguió en una parcela vecina, satisfaciendo el antojo de su mujer. Ella conservó las semillas y las puso en tierra, a muy pocos metros de casa, por jugar. Así creció un naranjero, que acompañó la vida familiar del matrimonio Alonso Otazo, y que los dos hijos menores vieron siempre allí, pensando que se encontraba dando naranjas desde tiempos inmemoriales. Lo cierto es que los naranjeros, que aun están ahí con ochenta y cuatro años, recuerdan a Abilio, en momentos de nostalgia, la edad que tendría su hermano Ciro.

Nadie nunca sabrá en qué andanzas de la vida de Lázaro la música se le cruzó y lo embrujó. Tal vez, tal como pasó con su hijo, fue una herencia de su padre o su madre. Lo claro es que Lázaro era capaz de quedarse casi suspendido en los minutos y en el lugar en que se encontrara si sentía un buen compás, una armonía dulce o una voz melodiosa. Amigo, además, de las artes escénicas, representó durante muchos años el papel del Rey Guanche de la Fiesta de Candelaria. Su carácter vivaz, su buen humor, sus dotes innatas de liderazgo y su generosidad hicieron que en los alrededores le apodaran como “el Jefe”, siendo nombrado más tarde alcalde de barrio para Las Cuevecitas.

El menor de sus hijos también fue hechizado por la inexplicable herencia de la sangre. Abilio, nació el 22 de febrero

de 1938, cuando, con suerte, Las Cuevecitas estaba compuesta por algo más de cincuenta familias. Dos años después, la población de Candelaria había alcanzado las cuatro mil cuatro personas.

Con amigos de su edad y un año mayores, jugaba a fabricar instrumentos con los frutos de la tierra. Con los cebollinos, escarolas y con pequeñas varas, entre otros, formaba orquestas de cuatro o cinco amigos y daban sus conciertos imaginarios mientras caía la tarde. Manuel lo miraba casi absorto desde la ventana de su casa, cuando había algo de tiempo para tomar un café. Sus ojos verdes, se llenaban de un entusiasmo imposible de disimular.

- Voy a comprarle un clarinete a Abilio. —Manuel nunca dejaba de comentar sus decisiones a su mujer.
- Las cosas no están bien, Manuel. Tú sabes que no nos sobra el dinero.
- Lo sé, lo sé. Será un clarinete de segunda mano, que le compraré a Juan —explicó Manuel tratando de aminorar la perspectiva de inversión frente a Susana. Después de todo, Susana era tan naturalmente silenciosa, que pensó que si él esbozaba un par de argumentos sería suficiente para no sentir que su mujer en silencio, reprobaba su decisión.
- Se lo entregaremos por Reyes.
- ¿Y quién le enseñará?
- Ya iremos viendo, mujer, tranquilidad... ya iremos viendo —dijo Manuel, apagando la vela de la

mesita de noche, tomando la mano de Susana y acomodándose para dormir.

La mañana del 6 de enero de 1946, Abilio despertó, tomó su desayuno y escuchó a su padre, que se encontraba sentado: *Vete allí y me traes un saco de papas y aprovechas de ver lo que hay*. Las papas se almacenaban cerca de la mesa del comedor, en el rincón derecho del fondo del salón, visto desde la puerta de entrada.

La casa de Manuel y Susana era un rectángulo de no muchos metros por menos aún, que permitía reservar dos habitaciones individuales por el costado izquierdo: la habitación del matrimonio y la de los tres hijos, entre los que se contaba una niña. El salón era tan largo como el resto de la casa y, en su interior, se podía sentir el sutil aroma a tierra de las papas y el olor del tabaco, que se secaba en manojos de las mejores hojas de la finca, en ganchos que colgaban de largas y gruesas varas que a su vez pendían del techo. Bancos de madera al entrar, cerca de la puerta, hacían muebles de salón desde el ocaso, cuando venían vecinos, vecinas y parientes a compartir un café. Susana colaba el café con algún trozo de una camisilla vieja de algodón, de las que se reservaban los retazos de tela en mejores condiciones para brindar la bebida caliente que junto al brasero, reanimara a las visitas y a la conversación. Las voces de los adultos contando sus historias trágicas o graciosas, se mantenían vivas hasta bien entrada la noche y, en los oídos de los niños, se convertía gradualmente en un murmullo más y más silencioso hasta que se perdía en el sueño.

Abilio se acercó a las papas y, efectivamente, vio un bulto alargado, envuelto en un saco de arpillera y amarrado con una pita.

—Ábrelo —ordenó Manuel, que no perdía detalle.

Las pequeñas manos de Abilio quitaron las hebras del saco que ataban el paquete y algo brillante apareció tras una boquilla. El resto del saco se resbaló del clarinete y de las manos de Abilio que, por breves instantes, olvidó respirar. Tan pronto recuperó el aliento puso su boca en el instrumento y sopló, loco de alegría. Un sonido agudo e indefinible brotó del clarinete como agua de un pozo subterráneo que se acaba de abrir. Ciro y Delfina miraban asombrados.

Cada día, a las seis de la mañana, Abilio estaba en pie. Se bebía su sagrada escudilla de leche de cabra y gofio. La escuela a la que debía asistir desde las nueve de la mañana, era una antigua y pequeña casa de piedras y barro, a la que se llegaba subiendo una cuesta más o menos empinada. La casa estaba perfumada por la vejez de las vigas que sostenían las tejas, sobre las que berodes silenciosos observaban el ir y venir de los niños. Dos grandes ventanas, del estilo de los inicios de siglo, dejaban entrar la luz del sol para los pequeños. El salón de la casa oficiaba de sala de clases, y sus pisos de madera continuamente se ensuciaban con la tinta de las plumas, que las niñas limpiaban de rodillas. Detrás del salón había una habitación pequeña, donde las maestras podrían dormir, si venían desde muy lejos, en la que, además, había una mesa y una cocinilla para preparar alimentos. Hasta el primer mes del año escolar de 1946-1947, la

maestra fue doña Marina, una mujer de carácter tranquilo, que, como buenamente podía, intentaba entregar conocimientos a los treinta alumnos que asistían regularmente, de los más de cincuenta alumnos y alumnas que oficialmente contaban con matrícula en la escuela. A pesar de las multas que los padres debían pagar si sus hijos tenían reiteradas inasistencias, todavía era común que al menos las niñas se destinaran a la ayuda del trabajo doméstico y a veces los chicos a la ayuda en las labores agrícolas y ganaderas.

Los días junto a doña Marina pasaron entre las lecciones, los dibujos de las cartillas o los que él hiciera en una libreta, las explicaciones en el pizarrón y los árboles desnudándose en otoño y volviéndose a vestir en cada primavera. Abilio estaba en la escuela hasta las doce del mediodía, escribiendo sus primeras palabras con la ayuda de *Los patitos*, un libro de instrucción para primaria, y luego volvía a casa de sus padres, desde donde sentía el aroma de las garbanzas que ya se encontraban casi listas para servir... o unas papas arrugadas con pescado salado, que Susana ponía en la mesa en medio de su silencio habitual, y él devoraba en pocos minutos. Entraba a las dos de la tarde a la escuela otra vez y después de salir, a las cinco, sacaba las cabras a comer y se responsabilizaba de parte de las labores de crianza de ganado o de agricultura, como todos los vecinos de Las Cuevecitas y Malpaís, que vivían de la siembra de papas, legumbres, cereales y gofio, alimentos que componían el grueso de la dieta de adultos y niños.

El día 30 de septiembre de 1946 llegó la nueva maestra. Doña Pepita era una mujer que, no se sabe porqué, tenía un

carácter que se paseaba entre una dureza llena de aristas y la indiferencia. Su estancia en la escuela de Las Cuevecitas perduró varios años, los suficientes para grabarse en el recuerdo de una generación al menos seis años más joven que la de Abilio.

Una tarde de primavera, Manuel llamó a su hijo, le dijo que cogiera el clarinete y partió con él por las medianías hasta Arafo. A Abilio le pareció que todo el camino se hacía más largo que cuando acompañaba a su tía Vicenta a vender la leche al pueblo vecino.

El pueblo de Arafo crecía como centro neurálgico de la vida cotidiana a su alrededor. Una familia de buena posición económica, los Curbelo, poseía extensos terrenos en las medianías y, además, era conocida por su espíritu benefactor con la población, exportaba tomates, entre otros frutos, y solía ayudar económicamente a sus trabajadores o sus hijos para que pudieran estudiar. Así, con los Curbelo como agentes del crecimiento académico en las nuevas generaciones de sus habitantes, Arafo se fue poblando de personas con un nivel cultural un poco más elevado. Otro de los grandes y conocidos benefactores era Florentín Castro, que había sido concejal durante la República y que hacía otro tanto, de tal manera que el nivel cultural de Arafo era una de sus características como pueblo.

NEGRAS, CORCHEAS, CLARINETE Y SAXO

Antonio Díaz Fariña, agricultor y músico, había logrado, pasado el umbral de los cincuenta, permanecer cerca del incurable vicio de la música. Además había contagiado a sus hijos ese maravilloso “virus”. Antonio, Nino, Sergio y Erinaldo, habían consagrado su vida adulta a los solfeos, corcheas y notas musicales que enlazaban juguetonas en sus creaciones. Como único responsable de su madre, Antonio no había hecho el servicio militar y, sin embargo, tampoco había dejado de lado su esencia creativa y sensible. Ya en 1906, con sólo trece años, había actuado junto a la Banda Nivaria en el recibimiento oficial del Rey Alfonso XIII en Santa Cruz, tras lo cual se dedicó a explorar el sonido del fliscorno y, finalmente, decidió que el instrumento que mejor hablaba por su alma era el bombardino.

Antonio Díaz Fariña se había casado a los veinticinco años y cuando abrió la puerta de su casa, para encontrarse con Manuel y su pequeño Abilio tras ella, el menor de sus hijos superaba al nuevo discípulo en siete años. Antonio, como Manuel y muchas personas, había experimentado en sus carnes la necesidad de ser emigrante e inmigrante, llegar a otro país y trabajar en oficios muy por debajo de su cualificación. Así, trabajó durante siete años en la caña de azúcar. Al regresar a su isla, se encontró con la sorpresa de que en Arafo lo estaban esperando para conformar una banda musical. Así nació la Banda La Candelaria de la cual Antonio fue uno de los músicos fundadores. Cuando Abilio apareció junto a su padre en la puerta, Antonio era el tesorero de dicha agrupación, cargo que

no dejó hasta que fue nombrado presidente. Más allá de su trabajo en la banda y en el campo, aquél hombre de carácter tan tranquilo y al mismo tiempo tan lleno de inquietudes, se propuso propagar el germen de la pasión musical abriendo una pequeña escuela de solfeo y artes musicales en su propia casa, en la calle Nueva nº 4, cerca del Casino viejo. Ahí atendía a varios niños, que asistían a clases individuales diariamente. Ya empezaba a peinar canas cuando Abilio recibió su primera lección

Abilio llevaba consigo el nerviosismo propio de la incertidumbre. Miró un momento a Antonio, para escrutar disimuladamente su rostro y hacerse una idea de cómo sería su maestro: duro, irascible o paciente, humano, serio, rígido, flexible. No era mucho lo que se podía sacar en limpio de Díaz Fariña. Su baja estatura y cuerpo ancho, lo hacían parecer un hombre fuerte y hasta posiblemente muy duro, pero luego su rostro era otro asunto. Y Abilio, que tenía la capacidad de leer el alma de la gente con la que se tropezaba, como si fuera un libro, miró los ojos de su maestro un segundo y vio mil sueños parecidos a los suyos, oyó la música de decenas de instrumentos y a un hombre dichoso tocando un bombardino... y se tranquilizó.

—Esto es una redonda —le indicó Antonio, dibujando un círculo en un pizarrón. Abilio miró aquella figura sin entender.

—Una redonda dura cuatro tiempos —prosiguió Antonio, marcando cuatro tiempos con sus manos.

- Abilio le miraba atento, pero aún no comprendía para qué servía eso.
- Esto es una blanca —sentenció Antonio mientras dibujaba una especie de letra “d” en minúscula, —y dura la mitad de una redonda ¿es decir? —preguntó para ver si Abilio estaba atendiendo bien.
- ¿Dos tiempos? —preguntó Abilio inseguro.
- Correcto —afirmó el profesor, procurando que su alumno se involucrara más en la clase. —¿Y si te digo que una negra dura la mitad de una blanca?
- Un tiempo —respondió Abilio casi con una sonrisa en los labios.
- Perfecto —dijo Antonio satisfecho. —Esto es una negra —dijo mientras dibujaba la misma “d”, pero rellenando el círculo de su base. Abilio se pasó la hora y media de clase conociendo las primeras figuras musicales y dando golpes con sus manos para medir los tiempos; todavía no cogía su clarinete.

Junto a Antonio, Abilio comenzó a escrutar los misterios del solfeo; esa extraña escritura que sólo los verdaderos iniciados en los caminos de la música entienden; aquél código secreto que diferencia a los profanos de los verdaderos hijos del arte del oído. Pero, aunque sentía pasión por su clarinete, durante los primeros días al joven aspirante aquellas clases le parecieron pesadas y lentas. Con la natural sensación de omnipotencia de la niñez y la juventud, estaba seguro de poder aprender a solas, de oído, sólo con la práctica y dudaba constantemente si valía la pena o no seguir asistiendo a las clases y tomarse la molestia de repasar el solfeo una y otra vez. Por la cabeza de Abilio se

paseaban constantemente sus futuras giras, los trajes de músico y las estupendas orquestas que llegaría a tener no mucho tiempo después, para aterrizar bruscamente cada vez que Antonio le hacía leer una partitura o repasar una línea rítmica.

Una tarde decidió que podía prescindir de la larga caminata de ida y vuelta a Arafo, de las gafas de su profesor, de los compases y las claves de sol y de fa, y se fue a casa de su primo Carpito. Le contó de sus sueños, jugó con él a la pelota y luego volvió a casa. Al llegar, Manuel lo esperaba sentado en una silla del comedor. *Siéntese*, le dijo, seria, pero serenamente. Su padre, mágicamente, lo sabía todo. Lo miró tan lejanamente como Abilio no recordaba hasta entonces. Abilio se temió una reprimenda y hasta unas nalgadas, pero el golpe sólo provino de los grandes ojos verde agua de su padre, que no se los apartó ni un segundo, mientras le dijo con voz seria y grave:

—Estudie usted. No se vaya por ahí; usted estudie ¿me ha entendido?

—Sí, padre —dijo Abilio, bajando la mirada.

Desde entonces sin fallar, cada tarde enfiló los pasos decididos por Malpaís, siguiendo el camino de la morra de Chéfina y acortando el trayecto frente a los brevaes de Juanico, que daban algo de sombra e higos frescos, hasta llegar al camino de la Fajana y, atravesando el barranco, aparecer sagradamente en Arafo. La caminata no era corta y estaba llena de subidas y bajadas, pero Abilio la hizo una y otra vez durante años, sin sentir más que las ansias de llegar a Arafo o a su casa, a beber una gran escudilla de leche y gofio. Así pasaron los siete u

ocho meses de solfeo estricto antes de coger el clarinete, hasta que por fin empezó a tocar. Tan bueno fue el resultado de su preparación, que pronto pasó a formar parte de la Banda La Candelaria donde adquirió aquella parte de la formación que sólo puede dar la experiencia vivida. Cada vez que volvía de Arafo, su padre le preguntaba sin fallar: *¿Qué tal estuviste hoy?* y si había algo interesante que contar, Abilio recibía maravillado la sonrisa aprobatoria de su padre, que le daba una palmadita en el hombro y le decía: *Muy bien, sigue así*, mientras Susana sonreía discretamente, pero llena de orgullo.

Cada vez que pasaba por el camino de la Fajana, Abilio recordaba la historia que se solía contar de la mujer que, cuando se dirigía a su casa y con un embarazo muy avanzado, comenzó a sentir los dolores de parto en la mitad de la nada. Sola, sin ayuda, sin auxilio, sin atención, trajo al mundo a un niño que fue abrazado y amamantado por primera vez en el camino de la Fajana y que, por ello, fue “bautizado” por el entorno como “el Fajanero”. Tan pronto terminaba de repasar aquella historia, se encontraba tocando la puerta de la casa de Fariña, como otros niños. Volvía enfilando los pasos por donde había llegado, para volver al finalizar la clase por la tarde o bajo las noches del invierno, adivinando, con su linterna de mano, dónde debía poner el pie en el camino frente a los brevaes, que no era más que una angostísima senda llena de piedras en subida o bajada.

Una tarde habló con sus amigos mientras cogían higos. Alipio, que vivía pocos metros más allá y con el que había compartido toda su niñez, en ese entonces ya formaba parte de la banda de Arafo. Todos se habían “contagiado” de

las ganas de aprender música y la mayoría se encaminaban a Arafo con regularidad a tomar clases con Antonio Díaz Fariña.

—Deberíamos formar una orquesta para tocar por los pueblos. Nos haríamos famosos —dijo Abilio cogiendo un higo negro.

—¿Y quién nos va a contratar?

—No sé, la gente... por aquí no hay orquestas para hacer bailes...

—Estaríamos en todos los bailes...

—Ganaríamos dinero, ¿no?

—¡Les gustaríamos a todas las chicas!

—¡Ños! Hasta podríamos conseguir novias...

Los rostros de los niños empezaban a sonreír, al tiempo que la niñez empezaba a decirles adiós.

Tocando según la intuición del oído, Sebastián movía rítmicamente las maracas y Bernardo hacía lo propio con la guitarra. Carpito se contagió con los sueños de su primo participando con un violín. Ninguno sabía leer música aún con fluidez. Llegaron a animar algunos bailes antes de empezar con los pantalones largos, para sorpresa y admiración de las vecinas, sus maridos y hasta sus hijas, quienes veían huir sus pequeñas miserias cotidianas, en un pueblo sumido en la pobreza como la mayoría del país, frente al calor de la música del singular cuarteto en el que Abilio lucía orgulloso el sonido de clarinete.

Anselmo, “Rancho” para los amigos, conocía a Antonio Díaz Fariña. También había leído por primera vez una partitura

guiado por sus lecciones. Había oído por ahí que Abilio era muy bueno con el clarinete, que tenía sentido musical y que sabía poner intención al sonido de su instrumento. Con sus diecinueve años cumplidos recientemente, Anselmo era el peligro público de los corazones de las jovencitas de su época, peligro incrementado al ser miembro de la Orquesta Iris de Arafo, lo que acrecentaba su prestigio como músico.

Ya Abilio había escuchado su nombre en boca de Antonio cuando le comentó su intención de estudiar saxo.

—Abilio, ¿es Anselmo Yáñez—le dijo Antonio cuando se encontraron los tres en la sala en que Abilio recibía sus clases. Abilio se le quedó mirando un segundo y decidió que estaba frente a alguien a quien le interesaba conocer.

—Hola ¿qué tal? —le saludó el joven, extendiendo su mano con un gesto amistoso, pero no condescendiente.

—Anselmo es el músico del que te hablé —introdujo Antonio, intuyendo que estaba frente al inicio de un proyecto que podía durar mucho tiempo.

Rancho tenía su fama como músico bien ganada y pocos días después enseñaba a Abilio en su casa de Arafo, previo permiso concedido de Manuel. El alumno tenía sólo doce años.

Pasaron los meses y las piernas de Abilio se hicieron más largas y fuertes durante el camino de ida y regreso de Arafo. Su rostro cambió.

No tardes, le dijo la abuela a su nieta, mientras depositaba sobre su cabecita infantil una respetable carga de trigo recién tostado, casi humeante, aromático y tibio. Andrea extendía la mano mientras su abuela Isabel depositaba en ella unas monedas. Luego partía junto a su prima Emigra a llevar el trigo y el millo al molinero en Arafo. Caminaban entre una conversación infantil y pasitos cortos hasta el pueblo vecino, que las veía entrar con sus vestidos de batista ornamentados con flores. Las niñas después de subir y bajar cuestas, pasar la morra, atravesar las veredas todas de piedra y tierra, llegaban a la plaza y cruzaban hasta la casa del molinero.

- ¿Cómo están las niñas? —preguntaba el molinero de cara bonachona y semblante jovial.
- Bien —decían apenas las primas y le entregaban su cargamento.
- Pues para crecer más, tienen que comer gofio con plátano —les recomendaba jugando a verse serio y provocando que las niñas se echaran a reír, secretamente.
- Me quiere mucho, poquito, nada... —rezaban a coro, desojando una de las cientos de margaritas que habitaban el camino entre la morra de Chéfina y el camino de la Fajana.
- Nada... otravez—. Las manos infantiles tiraban de las flores blancas y volvían al ritual de quitar los pétalos uno a uno, sentadas en alguna piedra y descansando los pies, que la mayoría de las ocasiones recorrían el trayecto sin que nada intermediara entre su piel y lo que hubiera en el camino.

Para su regreso, a veces la abuela; a veces la madre de su prima, les daban un dinero extra, con el que las niñas compraban avellanas y pirulines cubiertos de azúcar, que comían de regreso a casa, amenizando el camino hasta Las Cuevecitas. Las transacciones solían ser en la venta de Lola, una mujer alta y robusta, como su marido, cuyas tres hijas, dos de ellas gemelas, a veces las miraban desde el interior de la casa, o las saludaban en la entrada. Los vecinos y vecinas de Las Cuevecitas, Malpaís, Santa Ana y Araya dirigían sus pasos hacia Arafo, tanto para moler los granos y obtener gofio en el molino de Alfonso como para comprar víveres o intercambiar en la venta de Lola o para adquirir ropa y artículos del hogar en la tienda de Carmela.

El padre de Andrea, veterano de la Guerra Civil, había vivido el horror del Ebro y había emigrado a Venezuela, convirtiéndose para la pequeña niña en una especie de fantasma, un concepto, la causa de los suspiros de su madre que, de tarde en tarde, la llevaba al puerto y esperaba que se acercaran los barcos con la esperanza de que en uno de ellos llegara su marido. El destino de Andrea se allegaba al calor de su abuela, una mujer de carácter fuerte, afectuoso y progresista, que la recibía al salir de la escuela, mientras su madre trabajaba para mantenerla.

—¡Qué me digas cuánto es diecisiete menos nueve!

La voz de doña Pepita se levantaba temible como sus manos, mientras fruncía el ceño a un niño de su clase. Andrea cerró los ojos con fuerza y encogió su cabeza entre los hombros

y su corazón, bajo el pupitre, en una rutina que se extendió al menos un año, en muchas mañanas y tardes de escuela hasta que llegaba la hora de salir. Entonces recibía dos cucharadas de leche en polvo y un trozo de queso amarillo, que venían en grandes cargamentos para ayudar a combatir la desnutrición infantil reinante en la posguerra. Tenía ocho años.

Vicenta, hermana de Manuel, por su parte, cargaba sobre su cabeza un cesto con cazos de leche, lejos de los “machos” que buscaban a las vendedoras para inspeccionar el producto y, muchas veces, volcar cazos de leche que contuvieran agua. Pero el temido “Pesa leche” nunca la encontró de camino a Arafo, camino en el que muchas mañanas su sobrino era su única compañía. Partían a las ocho en punto rumbo a Arafo y Abilio era testigo de la venta, el vaciado de la leche y de como el rostro de Vicenta, pese a estar siempre de buen humor, se iba haciendo más sonriente cada vez que la carga se iba haciendo más liviana, puerta tras puerta.

Por otra parte, Abilio sentía una extraña atracción por los carteles que anunciaban las películas que se proyectarían en el Cine Moro o el Cine Pérez. No perdía oportunidad, cada vez que le era posible, de asistir por las tardes, con su mejor traje de suspensores, zapatos atados con ligas, bajo los cuales se dejaban ver los calcetines, y el cabello bien peinado con gomina. En los cines la entrada costaba entre cinco y siete pesetas y Abilio entraba siempre que se tratara de películas “aptas”, aunque las “no aptas” pasaban por la censura de todos modos, de tal manera que, prácticamente, no se encontró besos en sus tardes de cine, ni siquiera en las escenas más románticas de *La Duquesa de*

Banmeji, *Un hombre va por el camino* y varias películas del oeste. Manuel no se hacía de rogar demasiado para complacer a su hijo más pequeño y así, desde los diez años, Abilio fue testigo de parte de la historia del cine de su país y tanto para ir como para volver, contaba con la compañía de varios vecinos y vecinas que también iban a buscar una distracción a sus problemas cotidianos.

En los primeros años de la década de los 50, Andrea se encontró con una situación particular. Nunca ha recordado el momento exacto, porque la fecha venía camuflada entre otras, de esas que por ser tan comunes y corrientes jamás se registran y, por tanto, no se recuerdan. Andrea ensayaba la danza y el muchacho del clarinete las miraba como quien mira una función de cine, curioso pero distante. Muchas veces le habían pedido que tocara para animar la danza, en cuyos ensayos necesitaban sólo una flauta dulce y un tambor, pero pocas veces accedió. Y, entonces, poco a poco, sucedió que aquella niña de traje de batista y flores bordadas miró al “chulito” de reajo y discutió consigo misma si dejarse llevar por el calorcito que le decía *acércate a él* o por la antipatía y las ganas de decirle: *¿Pero tú de qué vas?* Mientras tanto, danzaba procurando trenzar su cinta con las cintas de los demás y no enredarla. A veces ganaba una voz, mientras trenzaba o destrenzaba aquel lazo al compás de la música, y ella lo miraba de reajo, disfrutando con la sensación imperceptible del calor de Abilio al pasar frente a él... A veces pensaba: *¿Y éste qué se cree?* Y así pasaba las tardes de ensayo... y los meses.

Habían pasado ya varios meses desde que Anselmo “Rancho” Yáñez, iniciara a Abilio en el saxo y desde que Abilio aprendiera casi mágicamente todas las lecciones que su joven profesor le había entregado. A veces Anselmo se quedaba oyendo a ese niño de doce años y le parecía que si cerraba los ojos no habría diferencia entre aquél muchacho de pantalones cortos y un saxofonista profesional... Y Anselmo cerró un segundo los ojos mientras Abilio realizaba un ejercicio y lo vio tocando con su orquesta. Cuando abrió los ojos sabía exactamente lo que le diría a su joven alumno.

Manuel no tuvo problemas en acceder. El menor de sus hijos partía por las tardes, al caer el sol, tres veces por semana a ensayar. Pasodobles, zarzuelas y otras piezas para animar los bailes se escuchaban en cada ensayo, alegrando los alrededores. La Orquesta Iris estaba encantada de tener a aquel niño prodigio entre los suyos. Luego debía volver caminando a casa, acompañado sólo por una linterna de mano y la luz de la luna. Así, pese al frío que calaba sus piernas descubiertas por sus pantalones cortos, algunas noches al caminar sentía el perfume de las flores o contemplaba maravillado, las gotas de rocío que cubrían poco a poco las ramas de los árboles sin follaje o las hojas con los bordes brillantes por el reflejo de la luna en las minúsculas gotas de agua, casi listas para endurecerse hasta convertirse en hielo.

Las brujas de las que Andrea había oído hablar no existían para él, porque entre sus pasos tan cotidianos como solos en la oscuridad, él, aquél niño de doce años, era el dueño

de la noche, el dueño del camino de la Fajana, el dueño de la morra Chéfina, el dueño de...

No era posible, definitivamente no era posible, pero ahí estaba. Una figura desconocida se encontraba sentada en medio de la nada, frente a él. Era un hombre del que no se podía adivinar si se trataba de un espectro o un anciano demacrado, alto y enjuto, de carne y más bien hueso. La fantasmal figura se levantó de su asiento, cualquiera que fuere. Entonces Abilio recordó las habladurías acerca del fantasma que cuidaba aquella huerta.

No perdió un segundo en seguir mirando el rostro indefinible de ese hombre en la oscuridad. Llegó a su casa asfixiado de correr, para pedirle a su padre que comprobara la existencia de la aparición. Un hombre sentado a horas inexplicables en una esquina, con un largo abrigo y un bastón que tan pronto vio a Abilio se levantó con la ayuda del báculo. Era alto, más alto que todos los vecinos. El padre lo siguió y lo acompañó hasta el punto que Abilio le indicó, pero nadie había allí.

—¿Estás seguro de que era una persona?

—¡Se puso de pie, padre! ¡Se lo juro!

—Será mejor que lo olvides, si no podemos saber...

Pocas noches después, había terminado la jornada y se disponía a volver a casa. Había una luna luminosa, pese a que estaba nublado. Por la cara de niño de Abilio se paseaba una brisa casi agradable, menos fría que de costumbre. Abilio

caminó el trayecto por el camino de la Fajana, pero antes de llegar a casa llovía a cántaros. Los pies parecían pegarse en el barro y su ropa se encontraba completamente empapada, a merced de la temperatura cada vez más baja que empezaba a reinar. El siguiente cuarto de hora se le hizo una eternidad. Al llegar a casa temblaba y empezaba a sentir náuseas, pero se vistió con ropa seca, se bebió una escudilla de leche y se fue a la cama.

Despertó con un intenso dolor de cabeza y la sensación de gran peso en la espalda. La fiebre lo hacía temblar y la neumonía se hacía cada vez más evidente, con el consiguiente riesgo para su vida.

¡AH!.. ¡LA FAMA Y LA JUVENTUD!

Pescadores era el médico de Arafo y, por extensión, de la zona alta de Candelaria, a la que llegaba montado en burro, con unas mantas sobre la albarda. Pescadores fue a verlo a su casa. En medio de la fiebre que lo abrasaba, Abilio apenas se percató de cómo el médico fijaba su vista en una jeringa de cristal que se iba llenando con la penicilina de otro frasco, mientras su madre miraba la escena esperanzada en que la presencia del facultativo salvara la vida de su hijo. El dolor de una de sus nalgas no se comparó con la natural subida de la fiebre posterior, la muestra más palpable de que el antibiótico empezaba a hacer su efecto. La fiebre fue descendiendo lentamente, dando pie a que la camiseta de Abilio se empapara en sudor. Ya había dejado dicho el viejo médico que tomara mucho líquido. Abilio tomó agua y se quedó profundamente dormido. Al día siguiente no había rastro de fiebre pero sí un hambre voraz que le estrujaba el estómago. Susana lo miró y cuando escuchó aquello abrió los ojos de sorpresa y alegría. Una sopa de gallina, caliente y succulenta, fue el fin de aquel tropiezo.

Pantalones largos, camisa impecable y recién estirada con una pieza de hierro que previamente se calentó sobre el brasero, hasta convertirla en un arma que, como poco, podría causar serias quemaduras. En lugar de eso, la plancha en las manos de Susana, pequeña y robusta, a fuerza de la dureza de la vida de su tiempo, había dejado la camisa de Abilio como recién comprada y él, ya un jovencito de trece años bien cumplidos,

con su rostro impecable y bien peinado, se encaminaba hacia Arafo a una actuación de baile.

La ropa se lavaba con el agua que se iba a buscar a la vieja atarjea que venía de Arafo, que cuando se estropeaba en algún punto dejaba salir el agua que todo el mundo iba a buscar y que hacía crecer flores en su cercanía. Cuando la atarjea funcionaba adecuadamente, sólo los dueños de las acciones de agua podían beneficiarse de recogerla tan convenientemente cerca de casa. Las mujeres de familias menos afortunadas debían bajar con su ropa sucia a Las Maretas, conocidas también como Pozo de la Virgen por encontrarse frente a la cueva de la Virgen del Carmen, actual varadero de barcos. En Candelaria había una corriente subterránea de agua dulce que llegaba hasta allí para desembocar en el mar. Hasta allí llegaba Susana con el fardo de ropa sucia sobre su cabeza para lavar la ropa de su marido y sus hijos.

Era una noche invernal de luna nueva y Abilio iba con el tiempo justo. Además acababa de llover. Él no dejaba de pensar en conseguirse un paño para limpiar los zapatos del barro, cada vez que la linterna no podía advertir que su pie se hundía en un trozo oscuro de tierra que parecía firme, pero que estaba reblandecida por las lluvias de la tarde. Sin embargo, los zapatos fueron el menor de los problemas cuando resbaló y chocó de frente con una parra medio enlodada por la lluvia. El traje immaculado estaba tan manchado como su boca, con las palabrotas que salieron a tropezones y la angustia de pensar que no podría tocar aquella noche. Sin embargo, siguió adelante y cubierto de barro llegó a la casa de Siso. En un segundo las ropas

estaban secándose frente a un brasero, mientras él ensayaba en calzoncillos con todos. A la luz de las lámparas de gas los jóvenes se sonreían unos a otros y Abilio tocó como siempre, como si estuviera vestido, mientras sentía el valor de la amistad y el trabajo en equipo. Cuando faltaban cinco minutos para la actuación, Abilio estaba vestido e impecable otra vez, tocando la música de la vida, para ganar diez duros que, como siempre, entregaría a su madre.

Ya en el inicio de los años 50, Abilio partió un domingo en el coche de Rubén, un Hudson del año 40, conocido por la isla como *Uson*. El coche tenía una capota de tela y en su interior, mágicamente, cabían los siete miembros de la orquesta que se dirigían a su primera actuación, como Orquesta Iris, además de los instrumentos. Los jóvenes miraron el camino a Santa Cruz y el sol, en medio del silencio de la isla, pareció salir del horizonte sólo para sonreírles. En aquella maravilla de la mecánica de los 40, iban todos juntos, como sardinas en una lata mirando el futuro más que el camino, felices a debutar en un baile en la barriada García Escámez. Una vez listos para tocar, se miraron los unos a los otros, sin reparar en la gente que los miraba también. Ninguna sonrisa se había borrado de los rostros de los miembros de la gran Orquesta Iris y a todos les pareció que desde las bombillas del salón se les iluminaba un camino decididamente bueno. Más bailes, radioemisoras y hasta estudios de grabación se dibujaron en las pupilas de los jóvenes músicos. Una señal que nadie percibió, salvo ellos mismos y los compases empezaron a invadir el salón de baile con la energía y la ilusión de los jóvenes miembros de la Orquesta Iris. La gente sonrió también. Todo el mundo bailó una vez y otra y

otra... La actuación dejó tan satisfechos a los organizadores que les pidieron que se presentaran el domingo siguiente... y el siguiente, y el siguiente. Los bailes empezaban a las seis de la tarde y finalizaban a las nueve de la noche. El coche de Rubén los acompañó durante dos años, hasta que tiempo después, Ciro, hermano mayor de Abilio compró el coche a su antiguo dueño y aquél viejo descapotable pasó a ser el “coche oficial” de la Orquesta Iris de Arafo.

En 1954, una tarde de mayo, Andrea, vestida para la ocasión y calzada con lonas, se encontraba frente a uno de los momentos más esperados de sus últimos años: su primera comunión. Había asistido religiosamente al catecismo sin perderse una sola clase. Bajaba con las vecinas por la tarde, con un velito en la cabeza para oír “las siete palabras”. Rezaba todas las noches sus oraciones antes de dormir y el rosario cuando tocaba. Había confesado sus pecados de los diez años y había llevado a cabo las penitencias impuestas a su pequeña alma que ya se consideraba pecadora. Había soñado noches y noches con su velo de comunión, con la hostia, con el sacerdote y con el chocolate que saborearía después, un verdadero regalo del cielo en los tiempos en que hasta buscar el agua era un sacrificio. Se acercó tras sus compañeritas aquella tarde, emocionada, nerviosa y feliz.

Al acercarse al altar Andrea se sintió liviana y temblorosa como una pluma. Sus pequeños pies calzados en lonas atadas con toda pulcritud, parecían tambalear de manera casi imperceptible, hasta que se encontró con el sacerdote, que le extendió la hostia a la altura de su frente, demasiado lejos para que llegara a su

boca. Y ella, que había soñado, con todo su fervor infantil, el momento en que tendría frente a sí “el cuerpo de Cristo”, tuvo el gesto instantáneo de extender la mano, para llevarse ella misma el preciado “alimento del espíritu” a su boca.

Entonces se acabó todo, sin recordar muy bien cómo. El tiempo empezó a correr a toda velocidad frente a sus ojos de niña que, a solas frente al mundo de la fe, vio desaparecer la hostia de un segundo a otro, transformarse la cara del sacerdote, desaparecer el templo mientras la arrastraban de un brazo a la sacristía y la inundaban con agua bendita al tiempo que proferían duras palabras contra una infame que, de seguro, no era pero que todos parecían insistir en que sí. En un segundo desapareció la comunión, el velo, el chocolate y la ilusión de sus once años.

Dos años antes, la primera comunión la hizo Abilio con el padre Ramón a los catorce años. Sus padres le habían comprado para la ocasión un traje nuevo, pantalón largo y cinto, que mantenía sujeta una camisa blanca. Bañado, con la cara resplandeciente y peinado hacia atrás con la ayuda de un fijador que venía en un pomo metálico, Abilio se fue en compañía de sus padres al colegio donde estarían varios jovencitos y jovencitas de su edad. La ceremonia transcurrió como estaba prevista y el padre Ramón le entregó el cuerpo de Cristo en la boca. Luego la chocolatada de rigor y Abilio ya había traspasado otro umbral de la vida de su generación.

A medida que fueron pasando las semanas, la orquesta empezó a distanciar sus ensayos. Los músicos habían empezado

su vida decididamente adulta. Algunos comenzaron a trabajar en otros ámbitos, algunos perdieron la pasión por la música, algunos decidieron brindar más energía a su vida familiar. La Orquesta Iris se estaba disolviendo.

Abilio tenía sólo catorce años cuando se formó la Orquesta Río de Oro, en la que participaban jóvenes amigos de Malpaís, como es el caso de Óscar, que tocaba el saxo tenor; Carpito, que tocaba el violín y luego la trompeta y Epifanio, que tocaba el contrabajo. Pero también contaba con músicos de Las Cuevecitas, como Bernardo, que se había convertido en un sólido baterista; Alipio que tocaba el trombón, Isidro con su saxo tenor y el propio Abilio que tocaba el saxo alto. Río de Oro tocó en todos los pueblos de la isla, partiendo de Malpaís. Paralelamente, Abilio había iniciado un camino en la Banda La Candelaria de Arafo, que duraría tres años.

Los cambios de vida de algunos integrantes de la banda que se casaban y formaban familias, además de la permanente búsqueda de mejoras y nuevos integrantes, hicieron que Abilio recibiera una invitación de Siso para reunirse en su casa con otros músicos de Arafo. La Orquesta España quedó conformada por ocho músicos: Siso, al piano; José “Palomo”, con el contrabajo; Fernando (hermano de Cándido de la Orquesta Iris) con la batería; Cecilio con la trompeta; Abilio con el saxo alto; Néstor con el saxo tenor y Segundo como solista. Después de dos proyectos perdidos, Abilio abrazaba el tercer sueño, sin detenerse a lamentar la pérdida de otros días. La vida musical seguía su rumbo. Los ensayos tenían lugar en el mismo local en que ensayaba la banda. Segundo tenía teléfono y le llamaban

para pedir la participación de la orquesta en los bailes y fiestas de pueblos. Abilio tenía diecisiete años.

El grupo tocaba principalmente en el Casino de Arafo, donde Abilio era conocido como Tito y las canciones como *Abaníqueme usted*, originaria de Los tres de Castilla, que habían ganado el I Festival de la Costa Verde en Gijón, resonaba en los oídos y hasta se tarareaba al compás de la música en su ritmo de mambo: “abaníqueme usted por favor, que mareo que tengo yo... abaníqueme usted por favor, qué calor, qué calor, qué calor”...

Sobre el rocío y el pasodoble *Me gusta mi novia* ponían a todo el mundo sobre la pista y eran la sensación de jóvenes y adultos que se contagiaban del buen humor y la sencillez de letras y melodías. Muchos ensayos llenaron de música la casa de la familia Alonso Otazo, y la luz de las lámparas de gas mostraron a Manuel y a Susana el rostro de su hijo que les regalaba la exquisita sensación de un trabajo bien hecho.

Abilio no dejaba de pensar en cómo proseguir y evolucionar su carrera. Por eso siempre tuvo claro que tarde o temprano tenía que pasar por el examen para obtener el carné de músico. Una acreditación profesional que le daría prestigio y entre otras ventajas le permitía tocar en toda España, avalando la calidad de su trabajo. Ya cerca de los dieciocho años se sintió preparado y estudió noche y día. El examen se realizaba ante el Sindicato de Músicos, cerca del actual Parque García Sanabria, y consistía en la interpretación de una obra obligada, *Don Carlos*, y una fantasía de Verdi, y equivalía al sexto año

de saxofón. Abilio tenía para defenderse sus años con Antonio Díaz Fariña y con Anselmo Yañez “Rancho”.

“LA MÚSICA”

En 1956 Manuel se encaminó temprano a Santa Cruz para inscribir al menor de sus hijos en el servicio militar obligatorio. Abilio había obtenido la mejor puntuación de los músicos que se presentaron en Santa Cruz y ya poseía su carné de músico, que entre otras cosas, le confería la posibilidad de hacer su servicio como voluntario en la Banda Militar del Cuartel San Carlos.

Tenía dieciocho años y había completado casi diez años de instrucción ininterrumpida en música. Otra opción habría sido salir de la isla e iniciar su perfeccionamiento o continuidad en la Península, pero su familia no podía financiar un viaje de esas proporciones. Así, Abilio consideró que la opción sería la Escuela de Música del Ejército, aunque para ello debiera enfrentar un entrenamiento militar que se distanciaba mucho de sus inquietudes, sus costumbres y su naturaleza. Sin embargo, si todo salía bien, casi los tres años de la vida militar obligatoria se dedicarían íntegramente a su instrucción y a su vida musical, sumando conocimientos y experiencia.

Así una mañana de verano, Abilio se presentó en el Cuartel San Carlos. Le entregaron un uniforme y comenzó a las ocho de la mañana en punto su vida militar que, de militar, tuvo poco más que una excusa para acercarse a lo que le interesaba: la banda; la música. Después de hacer sus primeras instrucciones a primeras horas de la mañana, un camión, con caja de madera, lo llevaba junto a sus compañeros hasta Hoya Fría, sentado en una

banca, también de madera, sujeta al piso; junto a otros jóvenes de su edad. Se miraban las caras unos a otros mientras, de los primeros rayos del sol, les protegía un toldo de color verde oliva.

Así, en los próximos meses se levantó al toque de la diana, corrió todo lo que no había corrido en su vida; desayunó hambriento; debió aprender a coger un arma y disparar, aunque la detonación en sus manos fuera como un golpe en sus oídos acostumbrados al silencio, a los pájaros y sólo a la música de la banda. Aprendió a compartir la intimidad y la camaradería y a respirar de otra manera cuando los sábados por la tarde se podía dar el lujo de salir de ahí y recordar cómo era la ciudad y cómo eran los chistes de su padre y los potajes de su madre. Durante los tres primeros meses los jóvenes recibían instrucción militar básica en armas, para lo que debían ir a Hoya Fría a practicar tiro. Luego su formación sería estrictamente musical en el Cuartel de Santa Cruz.

Una mañana de instrucción el cabo Ureña les repasaba el montaje y desmontaje de armas. El cabo, que ya les había enseñado a desarmar y armar una pistola, miró la cara de Abilio y se dio cuenta de que el joven soldado sólo mantenía allí su cuerpo, pero que había estado todo el tiempo en algún otro lugar, evidentemente muy lejos de la instrucción.

—¡Alonso!

Abilio regresó en una décima de segundo de sus futuras aventuras como miembro de la Unidad de Música del Cuartel San Carlos.

—¡Sí, Señor! Respondió tratando de mostrarse lo más atento posible, pero su interpretación no consiguió convencer a su superior.

—Monte esta pistola... ¡Ya!

Abilio miró las piezas metálicas que tenía delante sin entender qué parte iba en qué lugar, ni para qué. Hizo ademán de coger el cañón y acercarlo al tambor, sin éxito.

—¿Qué hace, Alonso?

—Yo no soy soldado, señor, con todo respeto, yo soy músico —contestó Abilio antes de darse cuenta de las consecuencias que podían acarrearle sus palabras.

—Yo no tengo manos para esto, señor, yo sólo tengo manos para el saxo... no conozco bien las armas y no me interesan...

Por cada palabra que Abilio pronunciaba la cara delgada y de marcadas facciones del cabo Ureña mostraba con creciente intensidad su desconcierto y sorpresa. Su cuerpo, pequeño y delgado para la media del personal de instrucción del ejército, contrastaba con su voz grave y profunda, que sabía usar para inspirar el debido respeto a las jerarquías.

—¡Alonso, está usted arrestado en prevención!

Abilio se fue al frío y aislado salón en que debería dormir, lejos de su tropa. Sólo habían pasado unas horas cuando llegó el sargento Garríguez desde la Unidad de Música al regimiento. No se sabe exactamente qué pasó o cómo se enteró del arresto

del postulante a músico, pero todo aquél que estuviera en los alrededores podrá recordar que se dirigió directamente hacia allí. Abilio, que comenzaba a sentir el precio de su franqueza, vio de pronto a contraluz la silueta grande e inconfundible de Garríguez, hombre algo mayor, de semblante serio y calmo.

—¿Quién lo arrestó, Alonso?

—Fue mi cabo Ureña, mi sarg...—No terminó la frase y la gran silueta de Garríguez ya le daba la espalda y salía de la habitación.

Pocos minutos después Ureña fue a sacar a Abilio de su arresto y se dio tiempo para conversar unos minutos con él. No hablaron del sargento, sin embargo la conversación se fue haciendo más cercana y variada. Abilio se fue con sensaciones encontradas a reunirse con el resto de la tropa.

Las semanas pasaron desde entonces a una velocidad que Abilio no esperaba. A veces, con tranquilidad, se reunía con Ureña y conversaban. Ureña lo llamaba y le ofrecía algo de comida extra, a veces simplemente se reían juntos de alguna situación del día a día que se prestara para ello. Mucho tiempo después, en alguna conversación entre amigos, Ureña le descubrió el misterio de cómo había sido que debió sacarlo del memorable arresto.

—Bueno, el sargento me llamó y me preguntó de inmediato por qué te arresté...

—¿Y qué le dijiste?

Ureña encendió sus alarmas debido a la alta estatura y corpulencia del sargento, que solían contrastar con su habitual buen carácter.

—¡El soldado se niega a aprender el montaje y desmontaje de armas, alegando que él sólo sirve para el saxo, señor!

Garríguez debió contener el estirón de las comisuras de sus labios que anunciaban una carcajada sonora. Respiró y pensó mas bien en algún mal acontecimiento del día.

—Él es músico, Ureña. Abilio es músico. No tiene nada que hacer con las pistolas.

El día del Juramento de bandera llegó a toda prisa y, aunque Abilio se alegró de dejar la instrucción estrictamente militar, la certeza de que sentiría nostalgia por el contacto cotidiano con su amigo el cabo Ureña también se paseó por su cara mientras, al ritmo de una marcha militar, desfilaba bajo la bandera de España.

En el Cuartel San Carlos, mientras tocaba una tarde, se le acercó un joven de aspecto simpático que lo miraba intrigado y que no tardó en preguntarle cómo tocaba para conseguir ese sonido tan claramente profesional. Tocando, comparando y comentando, Abilio hizo amistad con José y su genio agudo para las broma. Entre clase y clase con el brigada Redondo, conversaban y compartían impresiones y planes. Incluso llegó a acompañarlo junto a otros en alguna salida, a contemplar la

ciudad de los años 50. Las señoritas con sus faldas o vestidos por debajo de la rodilla, con volantes o fruncidos, usaban zapato de tacón alto que hacían lucir las pantorrillas de manera más elegante. Aunque el maquillaje debía ser recatado, se llevaba como mínimo un toque de carmín en los labios. Todas llevaban pelo largo recogido en moño o con pinzas a los lados y los bolsos, como norma rígida, correspondían al color del calzado.

—Mira qué bellezas circulan por aquí, Abilio... —dijo José, sin disimulo de ningún tipo, alzando un poco la voz para que la causante de su comentario lo escuchara.

Era una tarde más bien veraniega y algunas señoritas paseaban disfrutando la Santa Cruz de los últimos años 50, que ya anunciaban su retirada. Abilio, que llevaba pocos días de estancia en “la Música”, prefirió observar desde lejos a la musa de los pensamientos y frases galantes de su amigo, por si acaso.

De pronto una silueta conocida se acercó en el horizonte visual de los jóvenes con paso firme. Era nada más y nada menos que el teniente Villavicencio, quien les dirigió una mirada seca y sin dilaciones, se acercó y llamó al candidato a poeta galante. Abilio sintió que algo le paralizaba las piernas: en menos de treinta segundos se había imaginado un arresto, una sanción o, peor aún, una expulsión. Se preguntó cómo continuaría su vida como músico sin posibilidades de seguir estudios en la Península y sin la posibilidad de seguir en la única escuela de la isla que le daría un futuro sólido como músico. *Yo no quiero ser un musiquillo cualquiera*, se dijo. Sus ojos miraban

la escena, sin percatarse de nada. Y antes de que se diera cuenta, el teniente se había ido. José tenía el rostro blanco y no decía palabra. En menos de dos días, el candidato a galán de aquella tarde había sido expulsado de la Banda Militar y estaba en Hoya Fría, donde pasaría el resto del tiempo reglamentario, es decir, tres años en servicio militar regular.

La vida en la banda musical continuaba: los ensayos comenzaban a las diez de la mañana a cargo del brigada Redondo y terminaba a las once, para continuar con un pequeño descanso y seguir con las clases a cargo del capitán Santiago Reig, hasta las doce. Tras el almuerzo los jóvenes educandos y demás miembros de la banda realizaban algunas actividades por la tarde. Pronto le ofrecieron a Abilio dedicarse, por las tardes, a continuar los estudios en el Conservatorio Superior de Música de Santa Cruz, oferta que aceptó. Así estuvo en el Conservatorio casi hasta acabar su servicio militar.

Paralelamente, la Banda de Música Militar, que de manera regular realizaba presentaciones en actos oficiales y algunos eventos, incluía a sus educandos. Abilio ganaba más y más experiencia.

Ya pasados los tres primeros meses, los jóvenes volvían a sus casas a pasar el fin de semana. De esta manera Abilio y con el resto de los jóvenes voluntarios de “la Música”, abandonaba el cuartel los sábados temprano, con el compromiso de estar en el recinto de la banda los lunes a las ocho de la mañana en punto. En el Cuartel San Carlos había literas en las que dormían los jóvenes educandos. Abilio, que no había dejado la Orquesta

España y tocaba hasta tarde muchas veces, llegaba procurando no despertar al resto y se tiraba en su litera perdiendo la conciencia durante las tres horas que desaparecían a toda velocidad.

La madrugada de un lunes en la que se dejó dormir tan pronto su cuerpo se extendiera en la litera se despertó con una sensación extraña, un adormecimiento, una rigidez en la cara, que adjudicó al cansancio extremo de las pocas horas de sueño. El cuartelero lo llamó y, sin inmutarse por los ojos de sueño de Abilio, le indicó que el capitán Santiago Reig quería verlo. El capitán Reig era un formador riguroso que podía ser temible. Como a buen formador militar, le gustaba la disciplina brillante y a prueba de balas, la actitud adecuada, el orden impecable, los gestos precisos, las palabras justas y el trabajo constante y ordenado. Tenía la, no tan íntima, convicción de que el ser humano perdía mucho tiempo en cosas poco edificantes y que la juventud, si no se llevaba adecuadamente, era especialmente proclive a este mal de la humanidad. Por esto, las clases con el capitán Reig, eran concretas, duras, intensas y profundamente concentradas. No había tiempo que perder, y la mínima fuga de este orden, que él inculcaba poniendo su corazón en ello, no le hacía gracia alguna. Abilio lo había vivido. Apreciaba sinceramente a aquel hombre, pero también le respetaba hasta las cejas, como todos los jóvenes de su generación en el cuartel. Por eso, cuando el cuartelero le dijo que el capitán quería verlo, hizo un rápido repaso de sus acciones recientes, tratando de encontrar un posible error que significara una sanción o alguna causa que justificara aquella llamada, que jamás descubrió finalmente. Mientras tanto, se alisó el uniforme lo mejor que pudo y se acomodó el pelo cortísimo, por si acaso. Escogió su

mejor postura corporal, tocó y cuando oyó la voz de “adelante”, entró casi lentamente, como asegurándose de que estaba bien si entraba al despacho de su superior - educador. El capitán, que miraba unos documentos, levantó la mirada y abrió los ojos entre curioso, extrañamente divertido y claramente intrigado.

—¿Qué pasó Alonso?, ¿es que ahora eres indio, chino o qué?

—No entiendo su pregunta, mi capitán —respondió Abilio inocente.

—¡Ve a mirarte en ese espejo, hombre por Dios!

Al verse, comprobó que tenía la cara completamente tiznada con carbón. No tuvo tiempo de temer una sanción porque el capitán interrumpió sus pensamientos

—¿Quién te hizo eso? —interpeló con un tono que rozaba sutilmente el enfado.

—No lo sé señor, la verdad es que he llegado muy tarde ... yo toco con una orquesta y llego tan cansado que no me doy cuenta de nada...

El capitán lo miró unos segundos, como si estuviera meditando en algo y luego dijo con voz firme: *¿Si? Pues ahora sales y les das las gracias, porque en vez de llegar los lunes, como todos, llegarás los miércoles.*

Abilio cerró la puerta de la oficina del capitán al salir, casi sin creer lo que había escuchado y contempló a sus compañeros con una misteriosa sonrisa.

—Tengo que darle las gracias al que me pintó, ¿quién fue?

Entre empujones y risas salió el nombre de Silvestre, que se doblaba a carcajadas, como el resto.

—Y gracias ¿por qué?— Preguntó el aludido.

—Pues porque ustedes vienen los lunes, pero ahora yo no llego los lunes sino los miércoles...

Pocos días después, Abilio tocaba *Capricho italiano*, buscando la perfección en la sala de ensayos, cuando el capitán, desde su despacho, lo escuchó con detenimiento. Según el subteniente Balbín, el capitán en ese mismo momento le preguntó quién tocaba el saxo de esa forma.

—Es Alonso, mi capitán.

—¿Alonso? Pues hazlo venir ahora mismo.

Abilio llegó al despacho del capitán sin saber de qué se trataba la urgencia de la llamada. El capitán lo miró unos segundos como si estuviera mirando a otra persona.

—Alonso, ¿usted estaba tocando *Capricho italiano*? Abilio, temiendo haber hecho algo prohibido, llenó la oficina del capitán de explicaciones.

—Sí, capitán, es que a mí me gusta tocar, me gusta mucho el saxo, aprendí en Arafo, después de aprender cla...

- ¿Y a usted... no le importaría tocar de saxo primero?
—interpeló el capitán al soldado, con una sonrisa casi cómplice.
—Yo no sé mi capitán, yo soy soldado raso y el saxo primero es mi superior, es un subteniente y yo no quiero que...
—No, no —interrumpió el capitán, seguro de lo que decía. Vamos a llamar al subteniente Balbín.

El subteniente, que ya tenía canas, llegó a la oficina del capitán con la curiosidad y las expectativas puestas en los ojos abiertos tras los gruesos cristales de sus pequeñas gafas. Su sonrisa marcaba aún más las facciones de su rostro y lo hacían parecer más como un amigo de toda la vida que como un superior militar.

- ¿A ti no te importa que Abilio toque de primero?
Y antes que Abilio alcanzara a contraer los ojos, el subteniente ya había respondido con toda claridad y una amplia sonrisa: *¡No, no! ¡Ya era hora!...*

Así fue que la Banda de Música del Regimiento de Infantería nº 51, tuvo una nueva formación. Abilio, además consiguió, gracias a su capacidad de trabajo, que el capitán decidiera recompensarlo con el valorado pase para retirarse cada día alrededor de las dos de la tarde y volver al otro día a las ocho de la mañana.

Las obligaciones de la Banda de Música del Cuartel San Carlos incluían visitas a Hoya Fría para dar instrucción musical

básica a los recientes reclutas, que hacían su instrucción militar en ese recinto. Así, aprovechaba los escasos momentos libres para conversar con su amigo José.

No habían pasado muchos días desde que había iniciado sus estudios cuando, una mañana de visita en Hoya Fría, José decidió que la marca del saxo de Abilio, un Montserrat español de calidad media, podía ser superior a su Pierret, saxo de fabricación francesa en edición limitada, la mayoría de ellos, bañados en plata y con un sonido que se valora hasta nuestros días. Así, al escuchar a Abilio tocando su Montserrat con la fluidez y maestría que ya caracterizaban su relación con la música a los dieciocho años, José llegó a la rápida conclusión de que su Pierret era una pieza de poco valor en comparación con el soberbio sonido que regalaba el Montserrat de Abilio cada vez que éste lo acercaba a su boca y, con esa decisión entre ceja y ceja, le planteó:

- Te propongo una cosa: te cambio tu saxo por el mío.
Abilio se preguntó si José estaba hablando en serio.
Un Pierret era un Pierret. No podía ser verdad pero,
al mismo tiempo, si el destino le ponía por delante la
posibilidad de tener un saxo mejor, no sería él quien
cerrara esa ventana.
- ¿Estás seguro?
- ¡Claro, hombre!
- ¿Y por qué lo quieres cambiar?
- Bueno... es que estoy cansado de este saxofón... sí, y
bueno... la verdad es que veo que ése suena mejor...
- Pues... vale...

José cogió en sus manos el Montserrat de Abilio como quien coge un preciado botín y se lo llevó consigo. Abilio se quedó a solas frente al Pierret, lo miró como si ambos estuvieran igual de sorprendidos y se lo llevó consigo, para convertirlo en su compañero de aventuras. El Pierret le acompañó cinco años, antes de comprar su primer Selmer, cuyo sonido era aún mejor. José y Abilio se rieron juntos de este cambio durante mucho tiempo.

En febrero de 1959, se inauguraba la Basílica de Candelaria, que después de contratiempos que se habían prologongado durante décadas, encontró un nuevo impulso a su construcción cuando en 1947 fue nombrado obispo de Tenerife don Domingo Pérez Cáceres. El nuevo obispo había nacido en Güímar y siendo del sur de Tenerife, era gran devoto de la Virgen de Candelaria, por lo que concentró gran parte de su quehacer en concretar la obra de la Basílica, con la idea de que magnificara la devoción a la Virgen, cosa que al fin tuvo lugar con los planos del arquitecto Marrero Regalado.

El día anterior, el gran evento para la Banda Militar fue la bienvenida que se le daría al cardenal invitado en el aeropuerto. Abilio llegó a las siete de la mañana desde Las Cuevecitas y escuchó, al llegar, la orden de ponerse el traje de gala para actuar en el aeropuerto. Se le atravesó una espina en el esternón antes de reaccionar: su traje de gala se encontraba limpio y planchado... en casa de sus padres. Todos estaban ya formados, listos para salir, menos Abilio que llevaba su ropa militar de diario. Tras la llegada la Banda Militar al aeropuerto, el capitán Reig, compadeciéndose de los nervios de uno de

sus mejores educandos, le indicó: ponte allí detrás para que no se te vea mucho. Y así, medio escondido entre el resto de los miembros de la Banda Militar, el sonido del saxo hizo lo que le correspondía para dar la bienvenida de la autoridad eclesiástica.

Finalmente llegó el día de la inauguración y todas las fuerzas armadas de la isla hicieron presencia en aquel acontecimiento tan importante, en un pueblo que no superaba los cuatro mil setecientos habitantes. Barcos militares en la costa, aviones surcando el cielo y todo tipo de autoridades se encontraron en el acontecimiento histórico del año. Abilio se encontraba, esta vez, adecuadamente vestido junto al resto de la Banda Militar. Tocó para brindar los honores correspondientes a la Basílica de la Virgen de Candelaria, la Virgen de su pueblo.

Por las fiestas de San Antonio, Abilio fue a tocar a Malpaís y descubrió, en medio de la noche, las luces, la música y las parejas de baile, el rostro limpio de Andrea. Abilio había vivido algún romance de corta duración, pero al ver el rostro de Andrea recibió un “golpe” comparable a un bofetón, que no había sentido antes. Ninguno de ellos recuerda hasta el día de hoy cómo se desarrollaron los acontecimientos ni qué clase de torbellino los envolvió ni a qué velocidad. De pronto estaban juntos besándose y abrazándose en la puerta de la casa de Andrea, motivo de escándalo de todos los vecinos de una sociedad profundamente conservadora, que no tardó en apuntarles con el dedo, sin que ellos se dieran cuenta, ocupados en mirarse como estaban, maravillados, el uno al otro.

Dos meses más tarde, Andrea acompañó a su madre al puerto una vez más. Una vez más la vio abrir sus ojos como flores ante la llegada del barco Santa María. Una vez más, desde su escepticismo, trató de calmarla y prevenirla acerca de la fantasía de la llegada de su padre.

—Qué te calmes, mamá. Papá no vendrá en ese barco.

—Pues yo estoy segura que viene. Yo sé que viene Papá; en ese barco viene Papá...

Andrea suspiró y miró al cielo buscando fortaleza, pero las exclamaciones de su madre se hicieron más insistentes, al borde de los gritos:

—¡Ahí viene tu padre! Andrea no miró el barco, sino el rostro exaltado de su madre.

—¿No ves a tu padre? ¡Mira Andrea, tu padre!

—Entonces Andrea miró hacia el barco y vio acercarse la silueta de un hombre.

Para Abilio, durante meses, las horas de la mañana eran una excusa para las de la tarde. Para Andrea ese hombre, que había llegado en barco, no podría dejar de ser un extraño que había empezado a vivir en casa y al que poco parecía gustarle su noviazgo con Abilio, pero aquel mal gesto en el rostro que dejaba ver su padre con toda claridad cada vez que su novio la buscaba, no tenía importancia alguna y el criterio de su madre nunca lo sopesó. Mientras su abuela estuviera de acuerdo, que lo estaba, todo estaría bien. Lo demás no era más que murmullos sordos y sin sentido, cada vez que le dijeron que Abilio no les

gustaba y que lo dejara ya, antes de terminar de manchar su reputación de jovencita soltera.

Ella sólo sentía un gran enjambre de abejas y mariposas cada vez que los dedos de Abilio se acercaban a su rostro o rodeaban su cintura. Y se preguntaba si acaso no moriría de algo en la noche de bodas cuando la banca, las miradas y la intemperie fueran transformadas en silencio e intimidad.

Conforme fueron pasando los meses, la certeza de querer estar junto a aquella mujercita toda la vida se hizo para Abilio cada vez más patente, hasta el punto de no importarle si el mundo estaba de acuerdo con la idea o no.

—Si ellos se oponen, te vienes conmigo y punto. Luego tendrán que casarnos, les guste o no.

—Sí, sí —le respondía Andrea con los ojos entrecerrados por el éxtasis que le producía el susurro de la voz de su amado.

Pocas semanas después ya lo tenía claramente establecido.

—Casémonos, Andrea, casémonos ya.

—Casémonos, respondió ella con sus quince años en la piel.

EL MATRIMONIO

Andrea se miraba al espejo con su traje puesto. Con sus cincuenta kilos de adolescencia, brillaba como una estrella engastada en su traje blanco. El vestido le dibujaba la silueta como a una princesa. Con detalles de la misma tela, que se compró donde Carmela a un precio irrisorio, Angelines, la modista, tuvo el buen gusto de diseñar unas pequeñas ondas que continuaban hasta un talle bajo y que remataban en un gran faldón con corte de capa. Las mangas nacían más anchas y terminaban en un antebrazo ajustado, con pequeñas botonaduras en línea. Su cabello estaba coronado por una diadema de flores y velo corto. La belleza del traje y la reciente llegada del padre de Andrea hizo presuponer a muchas personas que la tela se la había traído en exclusiva desde Venezuela.

Pocos días antes, Andrea se quedó con la hermana menor de Emigra, Bárbara, y durante la conversación sobre el vestido, Andrea se desnudó para ver su cuerpo reflejado en un espejo y juzgar si se vería bien el día de su boda. Bárbara, se quedó mirando a su prima, que no terminaba del todo de abandonar los rasgos de la niñez: la piel parecía porcelana, el respingo de la nariz, los pómulos suaves y redondos como dos dunas frente al mar, los pechos frescos y juveniles. *Eres perfecta, Andrea, pareces una muñeca*, le dijo mientras la admiraba con una sonrisa que parecía más bien proceder de una madre satisfecha.

Las palabras de Bárbara seguían resonando en los oídos de Andrea cuando se miraba con el vestido puesto frente al

espejo. Se puso un par de zapatos de tacones altos, con los que caminó todo el trayecto que separaba su casa de Malpaís, por aquellas veredas que seguían sin ser otra cosa que tierra y piedras. El matrimonio se celebró en una mañana nublada de noviembre de 1959, en la capilla del poblado vecino, luego de un noviazgo de seis meses, algo que despertó sospechas en el sacerdote que ofició la ceremonia. Se quedó mirando detenidamente a Andrea con un gesto de reprobación, pero Andrea no era jovencita de callar “como una señorita” y tan pronto estuvo lo suficientemente cerca del religioso para asegurarse que la oyera bien, le espetó claramente y mirándole a los ojos: *De eso nada; no tenemos ningún “compromiso”*. Abilio sonrió sin poder evitarlo, mientras comprobaba de qué material estaba hecha la mujer que tenía a su lado; la mujer de su vida.

Una vez terminada la ceremonia, la celebración tuvo lugar en la casa de su madre. Los invitados, venían en su mayoría por cuenta de Abilio, de la Banda Militar. La casa del matrimonio Alonso Fariña ya se había construido antes, a mano, piedra a piedra, con la colaboración del padre de la novia, que ya había asumido que no había cara larga que valiera y que, si no quería quedar fuera del corazón de su hija para siempre, al menos debía demostrar su apoyo de alguna forma. Así contaron con una reducida vivienda, pero que cubría las necesidades de dos personas que inician juntas una vida.

Para entonces Abilio estaba en el Cuartel San Carlos de ocho de la mañana a una de la tarde. Los fines de semana ensayaba y tocaba con la Orquesta España. Andrea se quedaba

en casa y trabajaba la tierra, con el fin de obtener productos para el autoconsumo.

Una mañana tras un ensayo, al capitán Reig, hizo llamar a Abilio a su despacho. Y como siempre, mecánicamente, Abilio se estiró el uniforme.

—Dígame, mi capitán.

—Siéntese, Alonso.

Abilio supo que venía alguna conversación importante, como aquella vez que el capitán le propuso seguir estudiando armonía mientras los demás descansaban, oferta que aceptó de muy buen grado y que le valió la especial estimación de Reig.

—Alonso, en todo este tiempo usted ha demostrado ser de los mejores educandos que yo haya visto pasar por esta banda.

—Gracias, mi capitán —contestó Abilio tímidamente, carraspeando.

—Como se imaginará, quedan pocos días para que se termine su tiempo en “la Música”, ya que su periodo de servicio militar está llegando a su fin y usted sabe que los días pasan volando.

—Sí, mi capitán.

—Le pedí que viniera porque quiero decirle que si quiere convertirse en sargento en la banda, yo le apoyaré. Deberá ir a Madrid, pero le valdrá la pena. A nosotros nos parece que usted sería un excelente aporte en el futuro de la Banda Militar, Alonso y, si quiere

que le sea sincero, creo que tendría que pensárselo seriamente.

Abilio dudó unos segundos, no acerca de su decisión, sino sobre cómo decirlo de la mejor forma.

—Yo... Yo le agradezco su preocupación, mi capitán, pero yo tengo más ganas de seguir con la música que con la vida militar. Y no tengo vocación para la vida castrense, ¿sabe? —y remató —La vida militar no es lo mío.

El capitán lo miró comprensivo, siempre conteniendo levemente la tentación de reírse de la franqueza de su mejor “educando”.

—Pues si eso es así, no me queda más que desearle mucho éxito, Abilio. Ya sabe que podrá contar con mi amistad cuando haya abandonado este cuartel.
—Gracias, mi capitán. Y usted con la mía y la de mi mujer.

Andrea recogió todas las cosas de su marido, que debían quedar en la Banda Militar. El servicio militar de Abilio y sus días en la banda junto al brigada Redondo, el capitán Santiago Reig, el resto de los músicos de la planta militar y otros educandos, había llegado a su fin. Abilio entregó sus cosas en el Cuartel San Carlos, su uniforme de diario y su traje de gala, entre otras. Se despidió de sus compañeros y sus superiores. Don Santiago le garantizó su amistad futura y dijo con claridad:

Como Abilio no ha pasado ningún educando por aquí, opinión que compartían con toda seguridad otros músicos de la banda, como el brigada Antonio Sosa, con quién Abilio también había estrechado lazos de alta estimación. Por su parte, Abilio siguió soñando durante varios meses que se levantaba temprano y se dirigía al Cuartel San Carlos, a tomar clases con el brigada Redondo y el capitán Reig pese a que, por lo menos a éste último, lo siguió viendo más o menos seguido, cumpliendo con la palabra dada de mantener los lazos de amistad.

Fue durante aquel tiempo que Andrea conoció más profundamente a Vicenta. Sentadas, espalda contra espalda, bordaron y calaron, tejieron y cosieron mientras Vicenta iba desgranando, palabra a palabra, su vida para su sobrina política. Así entre ellas se fue tejiendo un hilo que las unió y que se engrosó, fortaleciéndose progresivamente. Andrea supo de todos los recodos de la vida de Vicenta y puso en valor su esfuerzo, su coraje y la sabiduría que tienen acumulada tantas mujeres a lo largo de los años y que los hombres desperdician. Así, la sobrina política de Vicenta aprendió todos los pasajes de la vida de su tía, los amargos y los dulces, los luminosos y los oscuros, sus pérdidas, sus ilusiones y supo cómo fue ganando aquella mujer cada gramo del profundo conocimiento humano y el sentido del humor que no la abandonaría ni a pocos días de su muerte, muchos años después. De Vicenta, Andrea aprendió que su carácter era un regalo de Dios, que debía reír en vez de llorar y que, cuando una mujer se ha sobrepuesto a ciertas cuotas de sufrimiento y trabajo en la vida, tiene todo el derecho a negarse a oír historias tristes y a dedicarse plenamente a la alegría. Mirando a Vicenta descubrió lo fácil que podía ser

perder de vista el rencor y cantar todas las mañanas... y las tardes.

Nuevamente, los diferentes caminos y etapas de vida de los miembros de la Orquesta España se conjuraron en la disolución del grupo musical. Entonces Abilio se reunió con viejos amigos a los que conocía desde la formación de Río de Oro, y se puso con ellos a ensayar formando un nuevo proyecto musical que duraría mucho tiempo: La Orquesta Tenerife. Todo ello sin descuidar su participación activa en la Banda Nivaria, de Arafo.

Entre tanto, Andrea se encontraba esperando familia y los olores le molestaban terriblemente. El antojo de tomar agua de toronjil con pan la invadía cada cierto tiempo. Tuvo un embarazo saludable aunque, tal como solía ocurrir a muchas mujeres de los años 60, sin vigilancia ni control médico hasta el día del parto. Andrea trabajó e hizo su vida tal como la había llevado antes hasta que las contracciones empezaron a hacerse sentir cada vez más seguidas. Abilio fue a buscar a su hermano, que tenía un camión con el que trabajaba en el transporte de frutas y verduras. En aquel camión llegaron al Hospital y en la sala San Ramón, el 24 de noviembre de 1960, doña Dolores Gabán la atendió con gentileza y profesionalidad. El primer hijo del joven matrimonio: Juan Abilio Alonso Fariña, había nacido con tres kilos y medio y cincuenta centímetros de longitud. Al recibirlo en sus brazos su joven madre pensó: será un joven alto y apuesto. El tiempo le daría toda la razón.

Hasta entonces, Abilio y Andrea dormían en su propia casa, que quedaba frente a frente a casa de sus suegros, más o menos a tres metros, compartiendo el resto del día en la casa de Manuel y Susana. Pero casado, casa quiere y Andrea no tardó en tomar la decisión de acotar los tiempos y espacios para compartir, empezando por separar las cocinas. De esta forma, una tarde en que sus suegros se fueron a trabajar, sentenció claramente a su marido: —Que sepas que cuando mis suegros lleguen, tú y yo estaremos en nuestra casa y comeremos allí.

Decidida a construir con sus propias manos su hogar y territorio, pidió a su madre quinientas pesetas y se fue caminando a Arafo, hasta llegar una vez más a la tienda de Carmela, que prácticamente la había visto crecer. A Carmela le compró una cocinilla de dos fuegos, tela y un par de cosas más. Hizo un poyo con sus propias manos. Instaló una vieja mesa, una silla, y una “barca” de coger tomates, virada hacia abajo. Hizo un mantel, lo puso sobre la mesa y organizó el poyo, arreglándolo lo mejor que pudo. En eso se quedó toda la noche. Desde entonces la familia Alonso Fariña comió y cenó en su casa... y el hogar quedó establecido.

Andrea empezó a darse cuenta que era una mujer adulta y que en su vida mandaba ella, así es que lo celebró a los dieciocho y se hizo mechas, aumentando las miradas que ya la identificaban como una joven bastante diferente a las jóvenes de su entorno. Los meses pasaron rápidamente y volvió a quedar en estado. El 6 de octubre de 1963 nacería la segunda hija del matrimonio: Silvia. La escena parecía repetirse: llegar de noche al Hospital, al mismo paritorio, bajo la mirada atenta

y profesional de la misma matrona. Esta vez el parto fue más difícil: la criatura no estaba en la posición adecuada para nacer, lo que dificultó el trabajo de alumbramiento.

La Orquesta Tenerife seguía su carrera, tocando preferentemente en Arona, donde la Sala Miranda se llenaba, y en Adeje, donde ocurría lo mismo en la Sala Galindo. Cada fin de semana entre trecientas y cuatrocientas personas, con edades entre los quince y los cuarenta años, se encontraban ya fuera en el horario de tarde, desde las seis de la tarde hasta las ocho, o más tarde, entre las diez de la noche a las cuatro de la madrugada. También el Teatro Guimerá escuchó a la Orquesta Tenerife en los Carnavales de Santa Cruz durante varios años. Y junto a los Estudios Aries y Radio Sur, grabó seis discos y algunos cassettes que tuvieron un éxito indiscutible.

Los días en que Abilio tocaba junto a “Rancho”, su maestro de saxo y el primer músico en invitarlo seriamente a tocar en una orquesta, habían quedado muy muy atrás. Rancho había encontrado trabajo como profesor en la Banda de Música de Santa Cruz y su actividad musical se centraba en ella.

Después de múltiples esfuerzos, Abilio se compró en 1964 un coche con la intención de destinarlo a taxi. El avalista fue su padre y el vehículo costó ciento veinticinco mil pesetas. Se trataba de un Peugeot, matrícula TF 27730, de once caballos y seis plazas. El ayuntamiento le concedió la licencia para la parada. De este modo, fuera de la actividad de la orquesta, Abilio obtuvo poco a poco una nueva fuente de ingresos. Juan Abilio tenía tres años y Silvia pocos meses.

A mediados de los años 70, Abilio trabajaba en su segundo taxi y continuaba con la orquesta. Juan Abilio estaba a punto de cumplir catorce y Silvia contaba ya con once años cumplidos. Habían sido niños tranquilos y creativos y seguían siéndolo como adolescentes. A ambos les gustaba estar en casa, pintar y crear. Silvia, que era conversadora, fue perdiendo esa tendencia con el tiempo, convirtiéndose en una joven reflexiva y de pocas palabras. Los padres de Abilio, ya mayores, se habían mudado con el matrimonio para facilitar su cuidado y la casa de piedra quedó abandonada a los juegos e ímpetus pictóricos de los hijos del matrimonio que reflejaron en sus paredes al menos la mitad de sus fantasías de la infancia.

Candelaria era un pueblo más grande, que contaba ya con abastecimiento de red de agua potable, desde fines de los años 60. Atrás quedaron los tiempos en los que había que ir a buscar el agua a los pozos o atarjeas y usar mil trucos para que durara y manteniendo la higiene con el mínimo de consumo. También Las Cuevecitas ya contaba con luz eléctrica y alumbrado público.

Abilio llevaba su vida familiar de manera estable y serena. Trabajaba en el taxi casi todo el tiempo que no estaba ensayando o actuando con la banda, hasta aquella mañana en que se encontró en la parada al alcalde, Rodolfo Afonso y don Ventura.

LAS CANDELAS

- Buenas, Abilio —le saludó el alcalde, casi al pasar.
- Buenos días —respondió el interpelado, con su sonrisa habitual, en la parada.
- Una cosa, Abilio —prosiguió el alcalde—; he estado pensando que a Candelaria le vendría bien tener un grupito musical, algo sencillo, podría ser una fanfarria, que de un poco de movimiento al pueblo, ¿sabes? Que los niños tengan algo de educación fuera de la escuela, pero al mismo tiempo que les guste... ¿Porqué no te encargas de eso? Sería bueno para ti, que serías el director de la fanfarria, y sería bueno para ellos. Nosotros ayudaríamos con la compra de instrumentos ¿te gustaría?
- No, señor alcalde—. Fue la respuesta clara y contundente de Abilio. La cara del alcalde casi empalidece, pero Abilio continuó enseguida:
- Si yo hago clases de música no va a ser para formar una bandita pequeña, sino una banda de verdad, una grande, una de las buenas, una banda como debe ser.
- De acuerdo, Abilio, no se hable más. Vamos a organizar esto para que empieces ya.

Abilio llegó y le comentó el asunto a Andrea, que para entonces había terminado por su propia cuenta la educación secundaria y cursos relacionados con salud, estudiando para auxiliar de clínica y aprobando las oposiciones al área de obstetricia de la Residencia de La Candelaria.

Andrea ha pagado por ésta, como por todas sus osadías, siendo blanco de murmullos a su paso y fuera de él, en cada avance de su vida: cuando se hizo sus primeras mechas, cuando se maquilló, cuando terminó la educación secundaria, cuando estudió salud, cuando aprobó las oposiciones, cuando empezó a trabajar y por supuesto, cuando sacó su carné de conducir y compró su propio coche. Trabajaba en la Residencia desde 1973. Los niños tenían entonces trece y diez años y habían sido educados para la autonomía por su madre, por lo que incorporarse a la vida laboral no les significó un gran trastorno.

Abilio, por su parte, era absolutamente inmune a todas las habladurías e incluso a las insinuaciones de que tanta “modernidad” en su mujer no podía ser buena. Cuando ella le comentaba sus planes, él la alentaba a llevarlos a cabo. Estaba claro que como esa mujer no habría nunca otra, que era inmensamente afortunado por eso y, secreta o no tan secretamente, su corazón se lo agradecía al cielo.

Las clases de solfeo que Abilio comenzaba a dar se iniciaron en el patio del Colegio Santa Ana, que ocupaba buena parte de lo que hoy es el Colegio Príncipe Felipe. Abilio pensó desde el principio en abrir la futura banda a futuros músicos y músicas del pueblo, iniciando clases para ambos sexos. Los retoños de don Juan Castellano fueron los primeros en matricularse: Mercedes y Osvaldo, que tocaban el clarinete, y luego se sumó Fátima, seguida por Juan José que tocaba saxo; los hijos de don Rosendo, Juan Carlos y Rosendo. Además de los hijos de Manuel Sabina, Máximo, y Juana Marta. Carmen Dolores y Delia, Alipio, su amigo de Malpaís y al que por corto

tiempo también se sumó su hijo, del mismo nombre, en un grupo que a un año de iniciarse las clases de música llegó a contar con más de treinta alumnos. Rosabel como otros tantos niños, se sumaron luego.

El proyecto de banda de música sorteaba sus primeras dificultades: no siempre había sala disponible para clases y ensayos y, por lo tanto, al principio, buena parte del trabajo se hizo a la intemperie, mientras estuvieron en el Colegio Santa Ana. Si llovía, alumnos y profesor se escondían bajo un patio cubierto y seguían trabajando. Algunos dudaron de la continuidad del proyecto. Sin embargo, cuando el grupo llevaba un año de estudio y ensayo y con más de treinta alumnos se presentó a la procesión de la Semana Santa, en 1976.

La actuación fue una sorpresa. No sólo se trataba de una banda con músicos jóvenes, cosa inexistente hasta ese momento en la isla, sino además, estaba constituida por hombres y mujeres. Pero pese a la excelente ejecución, los cuestionamientos no se hicieron esperar y algún colega le dijo al oído: *No hagas una banda juvenil, que te la van a desconchar*. La respuesta fue siempre la misma: *Si hay equipos juveniles en el fútbol y otros deportes ¿por qué no vamos a tener una banda con músicos jóvenes?* En cuanto a las chicas, ya había corroborado él las palabras de su amigo Antonio Sosa: *Abilio, las chicas tocan con más gusto que los hombres, interpretan de otra forma, más fina, más precisa*. Y él lo había visto y mejor que eso: lo había oído. Había sido un verdadero acierto incorporar a chicas, que tocaban maravillosamente flautas y clarinetes y con el tiempo asumirían más instrumentos aún.

—¡Mujeres en la banda! ¿Pero no te das cuenta de que las mujeres se echan novio y luego se van?

—Como si los hombres no se pudieran ir también...

Todos los cuestionamientos parecían haberse disipado en el sonido de las flautas, los clarinetes y las trompas. Después de la notable actuación de la banda para Semana Santa, el ayuntamiento les cedía el espacio del Cuartel viejo de la Guardia Civil, en Santa Ana. Era un espacio más cómodo, que daba un nuevo impulso a los ensayos y al quehacer de la banda, que seguiría coleccionando éxitos. Al año siguiente se presentaba en el Teatro Guimerá de Santa Cruz por las fiestas de Mayo, logrando una impresionante actuación.

—Yo también quiero entrar a la banda.

La voz de Silvia se escuchó fuerte y clara. Abilio le advirtió que no era fácil estar en una banda, que se requería esfuerzo y constancia. Y preparó a su hija, exigiéndole disciplina, trabajo duro y una genialidad que se dejara ver como propia de su heredera. Después de las primeras lágrimas ante la presión, Silvia no desistió y empezó a tomar clases en el Conservatorio junto a su hermano, además de recibir instrucción musical por parte de Ernesto Correa, connotado músico y director de Arafo. Juan Abilio, paralelamente, había empezado a estudiar náutica. Al cabo de tres meses los hijos de Abilio ayudaban a su padre reforzando las clases para instrumentos de viento.

El estilo de Abilio se asemejaba mucho al del capitán Reig y se había hecho conocido por ello. Esta fama le

acompañó mucho tiempo, al punto que treinta y cinco años después, un pequeño alumno recién llegado, al ver que Abilio no le regañaba por nada, se atrevió a preguntar: *Perdón, profe ¿cuándo empiezan las broncas?*

Y la vida seguía su curso, incluso en sus aspectos más paradójicos, como la muerte. El 13 de septiembre, del mismo año, Susana Otazo dejaba a su hijo, para encaminarse a un nuevo lugar en el que no podía ser seguida. Con la tranquilidad de haber traído a este mundo personas de bien, dejó su cuerpo dormir, arrullado por la presencia de sus hijos: los que trajo al mundo por sí misma y lo que no eran sino de su corazón. Abilio se despidió de su madre con la gratitud de quien sabe que ha sido amado, cuidado y apoyado en su crecimiento y su madurez. Cerró los ojos un instante y deseó, que si había un cielo en el cielo, se abriera para recibir a aquella mujer que le esperaba a la salida del colegio con una escudilla de leche caliente con gofio y sonreía discretamente cuando él contaba sus pequeños éxitos desde los ocho años, hasta que la memoria le fue abandonando lentamente, antes que la vida.

En octubre Nona, hermana de Andrea, hizo su aparición en la escena de la banda. Con un carácter discreto y de pocas palabras, concentró su energía en el aprendizaje y en su calidad interpretativa.

El alcalde se encontraba profundamente satisfecho con los resultados de la banda y así se lo hacía saber cuando una mañana, mientras caminaban juntos se quedó mirando la panadería.

—Abilio, hace días que te quería comentar que hay un chiquito que trabaja en la panadería que me da que va a ser muy bueno; deberíamos incluirlo en la banda.

Rodolfo Afonso, de profesión maestro, no había perdido el “ojo clínico” que daba su oficio, reconociendo enseguida el talento en un niño o niña cuando lo veía.

—Ese niño es muy inteligente —reafirmó luego.

Abilio se acercó al joven de ojos brillantes y cabello rizado un segundo, como había hecho con Antonio Díaz Fariña cuando niño, como había hecho con Antonio Sosa, el brigada Redondo y Santiago Reig, y supo que Rodolfo, el alcalde, tenía razón.

—¿Tú quieres estudiar música con la banda?

—Sí. Se escuchó con toda claridad y resolución de la boca de Charlie.

Antonio Lorenzo, Charlie, no tardó en convertirse en el alumno más aventajado de Abilio, tal y como pronosticaba el alcalde. Rápidamente cogió los secretos de la música y se adueñó de la secreta admiración de la hija de Abilio, a la que llamó profundamente la atención su inteligencia, su equilibrio, su serenidad y la decisión de permanecer en el trabajo musical, superándose siempre. Cuando Charlie llevaba un año en la banda, fue contratado en la Banda de Música de Santa Cruz, duplicando de esta manera su trabajo, para dedicarse a la actividad artística en cuerpo y alma, un alma que se fugaba, siempre que se encontraba con los ojos de Silvia, con las

palabras de Silvia o con las sonrisas que Silvia le dispensaba de manera cada vez más frecuente.

Poco tiempo después, durante el mismo año, entraron Esteban y Bernardo, dos niños con ganas de aprender y a los que Abilio, en primera instancia, entregó una trompeta y un trombón de pistones, respectivamente. Al poco tiempo de observarlos con sus instrumentos, Abilio se quedó pensando y concluyó, no sin una buena dosis de intuición, que ninguno de los chicos había nacido para tocar aquello. Entonces, decidió que Esteban debía tocar el saxo tenor y Bernardo la trompeta. Treinta años después, Esteban y Bernardo serían reconocidos intérpretes en estos instrumentos.

Fue también en esos días en los que apareció por la banda Emilio, de mirada aguda, aprendizaje rápido y que, más o menos treinta años después, compusiera la misa para el quincuagésimo aniversario de la Basílica. Emilio tenía un carácter divertido y entusiasta, que dejaba ver su creatividad y sus deseos de hacer música por su propia cuenta. En Abilio encontró un maestro y, además, una imagen de músico a quien admirar. Más tarde continuó el camino musical de la mano de Antonio Sosa. Así, sus primeras obras musicales las dedicó a sus dos maestros.

—Este chico llegará muy lejos —pensaba Abilio sin decir palabra. No se equivocó.

Los padres de los jóvenes músicos de la banda habían formado una directiva y habían logrado la adquisición de

instrumentos de cuyo precio el ayuntamiento abonaba un 50% por medio de una subvención. Finalmente la corporación le entregó a la banda el local del Teleclub, antiguo espacio del Frente de Juventudes, que había pasado a ser el Centro Cultural Juvenil. Las cosas parecían tomar forma.

A un año de la partida de Susana, alguna parte de Manuel, que se había tomado la enfermedad y fallecimiento de su esposa con mucha tranquilidad, se rebeló contra la aceptación de la pérdida de su mujer y contra la idea de no verla como de costumbre, ni oírla a diario. El Rey de los Guanches de cada año, el alcalde de barrio, “el Jefe”, como tanto tiempo lo llamaron, se defendió ferozmente con una nube de sueños que lo envolvió poco a poco hasta hacerle olvidar, también, el dolor de verse sin su compañera de toda la vida y sus ojos quedaron suspendidos en una pequeña marea de recuerdos, marea que bajaba más y más cada día. Manuel Alonso, aquél ejemplo de fortaleza y buen humor, enfermó.

Y Andrea, valiente y decidida, hizo frente a todo. Andrea apoyó a su marido, aunque no estaba segura de que sus sacrificios fueran a dar fruto algún día, duda que se incrementó cuando Abilio dejó la Orquesta Tenerife después de vientidós años. Abilio no recibía más compensación económica por su trabajo que una gratificación anual que bordeaba las veinte mil pesetas, unos ciento veinte euros actuales, cantidad que con el tiempo se duplicó, pero que de ningún modo eran suficientes para cubrir las necesidades de una familia. Alguna vez albergó esperanzas de que el ayuntamiento le asignara un sueldo el año

venidero, pero estas esperanzas no vieron la luz durante mucho tiempo.

Pensando en generar una figura que le permitiera ganar el dinero que el trabajo en la banda no le daba, Abilio creó, junto a cuatro músicos y el mayor de sus hijos, la Orquesta Playboy. Resucitando sus viejas noches en los bailes, cuando era el menor de la Orquesta España y cogiendo lo mejor de los buenos tiempos en sus andanzas junto a la Orquesta Río de Oro, Abilio empezó los ensayos. Sonrisas fueron y vinieron mientras los miembros de la banda tocaban, y por primera vez, Abilio compartía aquel espacio vital con su hijo, que veía a su padre sonreír, mientras lo miraba de reojo, tocando junto al resto de los músicos. La música, además de trabajo, volvía a tener este toque de ensoñación y bohemia. Juan Abilio era esta vez el director y Abilio sintió la satisfacción que sienten los verdaderos maestros cuando sus discípulos les superan. Sentía la alegría orgullosa de que su hijo experimentara sus vivencias de músico de orquesta y también se preguntaba cómo habrían sido España, Río de Oro y Tenerife si Juan Abilio, su hijo, hubiese estado allí tocando con él.

Camisas ajustadas con la abotonadura muy abierta, patillas marcadas, gafas de sol, el look de fines de los 70 seguía causando furor. Sólo Juan Abilio llevaba un look más propio de los 90, camiseta de manga corta bajo una camisa abierta. El éxito no se hizo esperar y la Playboy tocó en el Casino de Santa Cruz, Puerto de la Cruz, Arafo, en Güímar y en otros pueblos.

Pasado un tiempo, la orquesta llegó a grabar un disco en los Estudios Aries que se encontraban en Santa Cruz. La grabación duró una semana y contó con nueve o diez canciones, en una recopilación que se vendió en las tiendas de discos de Candelaria y aún suena en algunos programas de radio sobre orquestas canarias. La Playboy duró cinco años llenos de actividad y sueños. Cuando se disolvió, Juan Abilio, que ya había dejado sus estudios de náutica para dedicarse íntegramente a la música, había empezado a dirigir la Banda de La Victoria. En abril de 1981 fue aceptado para presentarse a los exámenes de oposición para el cargo de cabo músico primero del ejército para Oboe.

Mientras, en el recorrido del tiempo de Las Candelas surgieron los primeros inconvenientes entre la banda y el ayuntamiento. Abilio, que hacía oídos sordos a las críticas del gremio respecto de la inclusión de jóvenes y mujeres en la banda, pidió en más de una ocasión, y se le concedió, el permiso para llevar a alumnas de clarinete y saxo de Las Candelas hasta el Cuartel San Carlos, donde estaban aún sus viejos maestros y amigos. Antonio Sosa, accedió a dar clases de música a las ya jóvenes Rosabel, Mercedes, Juana y Delia, que durante un año ganaron en conocimiento musical gracias a la iniciativa de Abilio. Ahí recibieron clase junto a los educandos de la banda de música y aprovecharon cada minuto, mejorando ostensiblemente el dominio de sus instrumentos. Mientras tanto, Abilio, a su vez, tomaba anualmente cursos de perfeccionamiento en dirección de bandas junto al resto de directores de bandas de la isla, para lo que las mejores autoridades en la materia visitaban la isla viajando desde la Península año a año.

Manuel se agravó considerablemente en agosto de 1981, cayendo en cama y quedando principalmente bajo los cuidados de Andrea. Ella tenía conocimientos técnicos más que suficientes para darle una adecuada atención, que le brindó esmeradamente hasta el último minuto de su vida y hasta en el último suspiro de su conciencia en que Manuel conservó el buen humor y las ganas de sonreír. Así, en pleno verano, Manuel dejó apaciblemente de respirar, acompañado de su nuera y sus hijos.

Abilio encontró a su padre con los ojos cerrados cuando llegó a casa y, sin querer, vio marcharse la imagen de su padre joven, con sombrero, con sus camisas siempre estiradas bajo la plancha por las manos inquietas de su madre; le vio ajustándose los puños debidamente almidonados, listos para cerrarse con el par de gemelos que nunca tuvo. Vio que Manuel, alto, delgado, elegante y fuerte, le picaba un ojo mientras se ajustaba el sombrero y le preguntaba: *¿Qué tal estuviste hoy?* Y por una décima de segundo que no alcanzó a percibir, se sintió más pequeño que de costumbre y tuvo ganas de decir: *Muy bien padre. Hoy...* Sin querer, Abilio casi cedió al impulso de acercarse a su padre para recibir una palmadita en el hombro, pero con la misma sonrisa y mientras le picaba el ojo, Manuel Alonso, el rey de los guanches, se diluyó en la extremadamente breve fantasía del menor de sus hijos.

Abilio entendía que lo mejor para su padre era abandonar sus condiciones de vida de las últimas semanas, pero no pudo evitar el desgarró natural que produce la muerte de los que amamos, cuya presencia es parte del paisaje de nuestros días. En homenaje a su padre puso el retrato que le hizo un fotógrafo

de sus actuaciones para el día de Candelaria, vestido de pieles y con un rostro que aparentaba ser el de un experimentado actor de Hollywood. Cuidó la herencia de la costumbre ocasional de cazar perdices y, de vez en cuando, le pareció encontrarse con su padre tras algún matorral.

A principios de 1982, se respiraba un clima de tensión en la relación entre Las Candelas y el ayuntamiento que desembocó en la solicitud por parte del consistorio de que se devolvieran los instrumentos de la banda. Los padres se negaron tajantemente y el conflicto terminó en el juzgado.

También ese año, y aunque Abilio lo sabía porque lo olía en el aire, estaba recibiendo la confirmación clara de sus intuiciones: el tiempo de noviazgo de Silvia y Charlie estaba llegando a su fin. La noticia del próximo matrimonio de su hija no le sorprendió en absoluto. Avanzaba el año 1982.

Ya antes del juicio, Las Candelas despertó toda la empatía del pueblo, que ya empezaba a darse cuenta de que la Banda de Candelaria era muy diferente al resto, que cada paso nuevo había valido la pena; que eran tres años como banda invitada a las fiestas de Mayo en el Teatro Guimerá; que había estado seis años en las fiestas del Cristo de La Laguna; que la presencia de Las Candelas en los conciertos de homenaje a la música española y la invitación a participar en el cincuentenario de la Banda de Música de Santa Cruz, eran razones sobradas y suficientes para saber que Abilio Alonso y los niños y las niñas de la banda debían constituir uno de los grandes orgullos del

pueblo. Así la gente de Candelaria se sintió identificada con la primera banda juvenil y mixta de toda la isla.

Cuando se dictó la sentencia y los ánimos estaban más calmados, el nuevo alcalde levantó el acta de devolución de los instrumentos y al mismo tiempo la renovación de su concesión de manera definitiva para la Asociación Cultural Las Candelas.

UN VIAJE DECISIVO

Custodio Zarzo era sargento en la Banda Militar cuando Abilio pasó por allí. Había sido uno de los buenos amigos que formaron parte de aquella etapa de su vida. Cuando Abilio llevaba un tiempo en la banda, Custodio le ofreció su apoyo y muchas veces fue a tocar con Las Candelas. Fue en una de esas ocasiones en las que llegó Custodio con el rostro iluminado y una gran sonrisa en la cara.

—¡Abilio! ¡El Certamen Internacional de Bandas de Música de Valencia!

—¿Qué?

—¡El Certamen Internacional de Bandas de Música de Valencia! ¡Se abrirán las inscripciones para el certamen! Yo estoy seguro de que Las Candelas puede hacer un buen papel allí...

El Certamen Internacional de Bandas de Música de Valencia era, con diferencia, el más importante de su género en el país. Desde 1886 la Federación de Sociedades Musicales de Valencia organizaba una vez al año un encuentro con bandas musicales de toda Europa. Hasta entonces, ninguna banda de música canaria había participado.

Abilio miró a los ojos de su amigo y comenzó a soñar, como solía ocurrirle a los once, a los quince, a los veinte... allí estaban todos los chicos y chicas de Las Candelas. *Si pudieramos encontrar la forma...* Treinta y tantas personas en

un avión, sería un avión lleno de música rumbo a Valencia, a la Península, donde a él mismo le hubiera gustado tener la posibilidad de estudiar. Los chicos y las chicas con sus uniformes de la banda, acariciando sus instrumentos pocos segundos antes de actuar, encantando al público con su amor por el sonido, las notas; el público mirando sorprendido y él, Abilio, el niño que caminaba a oscuras desde Las Cuevecitas hasta Arafo, estaría con su batuta en la mano derecha, como un mago, como un encantador, como un hechicero que invoca la polifonía, que hace aparecer y luego, ante los sorprendidos oídos de los observadores, consigue el vuelo de los acordes, las notas, los compases: la música.

—Abilio... —volvió a llamarlo Custodio frente a su cara, trayéndole a tierra como si le pinchara el globo de sus sueños de un pestañeo.

Abilio aterrizó casi bruscamente y miró a su amigo esperando algo, una segunda parte, algún hilo del que tirar que le diera una idea de cómo podría hacerse realidad su imagen de dos segundos.

—Yo... Me he permitido hablar con la Federación de Sociedades Musicales de Valencia y todo indica que se harán cargo de parte de los costes del viaje. Ahora hay que reunir dinero para los billetes de ida y regreso...

Era necesario contar con excelentes músicos y el certamen permitía seis refuerzos, de intérpretes ajenos a la banda.

Abilio se puso a pensar en quiénes podrían reforzar en saxo. Se sentó un momento y se calmó. Era un momento largamente esperado, no podía ser cualquiera. Entonces vino a su cabeza la primera orquesta en que actuó. ¡“Rancho”! De pronto le pareció que sus primeros días como músico de orquesta se acercaban misteriosamente y supo que la música genera lazos que, aunque parezcan alejarse con el tiempo, jamás se romperán del todo. Con este pensamiento miró el teléfono.

—¿“Rancho”?

—Sí ¿quién es?

—Abilio.

—¡Oh! ¿Qué pasó?

—Que vamos a Valencia...

Para participar en el certamen, las bandas se agrupaban en distintas secciones según su número de músicos. En cada sección actuarían al menos dos bandas. Asimismo en cada sección debían tocar una pieza de interpretación obligada para todas las bandas. En el caso de la sección segunda, en que participaría la Banda Las Candelas, dicha pieza musical consistía en una pieza musical de bastante complejidad. Abilio sintió que el desafío, aunque se encontrara dentro de su nivel de preparación, le demandaría un importante esfuerzo. Entonces apareció en escena su amigo Agustín Ramos, músico de Barranco Hondo y profesor del Conservatorio de Música, que le asesoró en el montaje de la obra. Mientras tanto, Juan Abilio, que ya contaba con vientidós años y esperaba, con su esposa, a su hijo Denis, se dedicó durante los meses que duró la campaña, a transcribir el poema musical *Mazeppa*, de Franz

Liszt, adaptándola para su interpretación para banda de música, reemplazando instrumentos de cuerda por viento y abriendo una nueva forma de sentir la obra del maestro húngaro.

Jung Chul Choi Oh había llegado a Candelaria después del vivir el dolor de haber tenido que abandonar su Corea natal dolorida. Cuando los vientos de la buena fortuna, tuvieron a bien dejarlo en Candelaria, Choi encontró por fin mañanas despejadas, sin el miedo de persecuciones o represión. Los alisios poco a poco secaron las lágrimas que le quedaban en el alma. Lentamente el miedo hizo lento abandono de la escena de su vida e incluso encontró una banda con la que volvió a sonreír. Fue justamente por medio de una actuación de Congo Star, que concoció a Juan Abilio y a Bernardo. El círculo de amistades de Choi se ampliaba a la Banda Las Candelas. En poco tiempo, ya era parte del gran equipo de la banda y comenzó a dar clases de trombón. Los viejos trombones de pistones fueron reemplazados por el maravilloso sonido de los trombones de vara, cuyos secretos de ejecución Choi compartió generosamente con Las Candelas. Por eso, para la gran ocasión que se preparaba, la banda contaba ya con trombones de vara, igual que las bandas valencianas.

Paralelamente a los intensos y esforzados ensayos, padres, madres, amigos y familiares de cada miembro de la banda se pusieron de acuerdo, las rifas se empezaron a vender por todas partes. José Luis y Eusebio, presidente y secretario de la asociación musical, no escatimaron ni energía ni entusiasmo, tampoco ahorró esfuerzos Concepción, que caminó horas y horas consiguiendo vender los números.

A la voz de que ésta sería la primera banda canaria en participar en el certamen, no sólo se vendían los números: la gente del pueblo compraba tantos como podía. Se rifó de todo, entre otros premios, un cuadro donado directamente para estos fines por el pintor Juan Ruano, que ya entonces tenía una carrera ampliamente reconocida. Las pesetas se fueron acumulando en el haber de la banda. Cuando ya faltaba bastante menos, la banda, que se había constituido como asociación, gestionó la obtención de un crédito que permitiera financiar el resto de los costes del viaje para los sesenta miembros de la banda que representarían a Candelaria en el certamen.

Finalmente todo estaba previsto para el viaje a Valencia. La Banda de Música Las Candelas iría a representar a su pueblo, a su isla y a Canarias por primera vez en un certamen internacional, llevando lista para su ejecución la obra de interpretación obligada, el pasodoble *Islas Canarias* de Tárridas y el poema musical *Mazeppa*, de Franz Lizst. El momento había llegado. Y ahí estaba Abilio... y sus dos hijos.

La percusión de la banda era básica, los músicos percusionistas, entre los que estaba el querido Paquito, tenían una instrumentación cuyo tamaño no pasaba los dos metros cuadrados. Rápidamente se pusieron al día con los instrumentos valencianos, de tal manera que, al presentarse, la banda interpretaría con otros instrumentos de percusión.

En la sección segunda participarían junto a Las Candelas, siete bandas de distintos puntos de Valencia y España. En el recinto de la plaza de toros de Valencia Las Candelas tocó para

los asistentes el pasodoble *Islas Canarias*, con un arreglo que hiciera el mismo Agustín Ramos especialmente para que la banda lo presentara en esa ocasión.

Interpretó magistralmente la obra de Holst, *First Suite for Military Band*, captando todos los guiños, sutiles travesuras y la gran fe que el autor imprimió a su creación original. Abilio dejaba que cada nota y compás se apoderara de él y de todos. Ahí estaban, sus Candelas, todas las candelas que él había encendido con sus propias manos, brillando a la luz de los instrumentos, brillando y vibrando apasionadamente con cada sonido emitido, paseándose entre las intensidades con la naturaleza con que el viento mueve las aguas en la costa de Candelaria y disfrutando con cada momento interpretativo. Sólo para eso valía la pena estar allí. Sólo para eso, estar allí tenía sentido. Abilio movía a batuta y Las Candelas le leía cada gesto a la perfección. Las Candelas recorrió el camino de todos los compases, intensidades, velocidades, tocando la emoción, la dulzura, la alegría y logrando un final brillante. Abilio pensó que al capitán Reig y a su maestro Antonio Sosa les hubiera gustado verlo.

Mientras en Candelaria miles de susurros se encaminaban hacia la Virgen de la Basílica, la misma que desde su altar había visto de reojo a Abilio tocando para ella en febrero de 1959 con sus compañeros. Decenas, si no cientos de pequeños susurros, oraciones pequeñas, volaban como mariposas por las tardes, para pedirle a *la Morenita* que acompañara y apoyara a los hijos e hijas, nietos y nietas, primos, novios y novias, hermanos y hermanas.

En Valencia, Las Candelas comenzaba la ejecución del poema de Lizst, preparada para el evento por Juan Abilio. Los sonidos empezaron una vez más a inundar todo el recinto. La banda siguió la ejecución tal y como estaba prevista y el trabajo, producto de la marca Alonso, destacó entre todas las piezas que llegaron a los oídos del público y del jurado, de todas las bandas de la sección segunda. Era imposible escuchar a la banda y no sentirse sumergido por las sensaciones que seguramente tendría el mismo Lizst y a las que había dado forma de poema musical. Los clarinetes, flautas, la percusión y toda la instrumentación respondió fielmente a la obra original, apreciándose a la perfección su espíritu. Abilio podía ver el rostro serio y concentrado de los músicos y músicas de Las Candelas, incluida su hija Silvia. Parecía haber un hilo invisible que mantenía perfectamente conectada a la banda con su director, un hilo de años.

Los aplausos inundaron el recinto y el experimentado público de Valencia se puso de pie. Los jóvenes felices, cansados y emocionados, dejaron el escenario.

La decisión del jurado no se hizo esperar demasiado: Las Candelas obtenía mención especial con medalla de plata. El sueño estaba cumplido. La banda candelariera había destacado y dejado en alto el nombre del grupo, de su pueblo, de su isla y de Canarias. Las llamadas empezaron a sonar en todos los teléfonos disponibles. Abilio avisó al alcalde y a su familia. En Valencia se escucharon los gritos de emoción del pueblo de Candelaria. Pero las buenas noticias para la familia Alonso Fariña no terminaban ahí. Juan Abilio se había casado hacía

un año y por medio del teléfono se enteró del nacimiento de su primer y único hijo: Denis. Abilio se había convertido en abuelo.

El viaje de regreso fue un viaje feliz, en el que se comentaron y repasaron los mejores momentos de la actuación, los amigos y lo aprendido acerca de lo que estaban haciendo otras bandas de España y Europa. El viaje pasó en un suspiro y la alegría de los músicos y músicas de Las Candelas se incrementó al ver en medio de la noche las luces que anunciaban la proximidad del aterrizaje en Los Rodeos. Ya estaban de regreso en Tenerife y sólo faltaba coger una guagua para regresar a Candelaria. Los jóvenes bajaron del avión y recogieron el equipaje. Sin embargo, al salir se dieron cuenta de algo: medio pueblo se encontraba en el aeropuerto esperándoles y felicitándoles. Los miembros de Las Candelas se habían convertido en los héroes de Candelaria; héroes que habían conquistado la música para su pueblo. El grupo de jóvenes se subió a la guagua y, emocionado, recorrió el camino hasta la Villa de Candelaria. Las estrellas brillaban en la noche de verano.

La guagua se detuvo a la entrada de la calle de la Arena. Los músicos y las músicas se bajaron. Había decenas de personas en la calle y Abilio tragó saliva. Se puso al frente de la banda mientras los jóvenes cogieron sus instrumentos y se dirigieron, tocando, hacia la Basílica, paso a paso, para agradecer a la Virgen que escuchara sus oraciones. Abilio supo que detrás de él había lágrimas resbalando por las mejillas de muchos de los héroes y heroínas musicales de Candelaria. Él miró al cielo, para asegurarse de que las suyas no se fugaran

de sus ojos. Y cuando llegaron frente al majestuoso templo, las puertas de la casa de la Morenita, se abrieron para recibir a sus queridos hijos. Entre lágrimas y sonrisas, los jóvenes y sus familias entraron y agradecieron.

Ya nadie jamás podría poner en duda el valor de todos sus años de trabajo.

Cuando Juan Abilio llegó, pudo estrechar en sus brazos a su pequeño Denis. Para entonces, Juan Abilio había olvidado la náutica por completo para dedicarse de manera exclusiva a la música. Había terminado los estudios en el Conservatorio y, como su padre, había ingresado en la Banda de Música del Regimiento de Infantería.

Pocos días después de su regreso, se produjo toda una revolución en Las Candelas: se renovó la percusión, innovando con otros instrumentos, como los bombos de concierto. Además se sumaron instrumentos de láminas.

Al año siguiente el viaje se repitió, pero esta vez sólo para que la comisión que había viajado, lograra empaparse de lo que había en las bandas de Valencia, qué se tocaba, con qué instrumentos, cómo se organizaban las bandas, qué estilos se practicaban. Para ello se reunieron con los amigos que habían hecho en el certamen: la Banda de Manises, que a su vez le abrió las puertas de sus archivos cediéndoles obras nuevas. Así, Las Candelas abrazó la influencia valenciana, interpretando música compuesta exclusivamente para banda y dejando en un segundo plano la música transcrita de obras para orquesta, renovando

también el repertorio, lo que a su vez tuvo seguidores y detractores desde fuera de la banda. Dentro del grupo, los ceños se fruncieron y las narices se arrugaron durante mucho tiempo a la voz de “pasodobles”, “zarzuelas” y “marchas”, como clara señal de que la banda no quería volver a su viejo repertorio.

Juan Abilio, además, comenzó a trabajar con jóvenes en exclusiva, dando origen a la banda juvenil, como una forma de conseguir un puente entre la academia de música y la banda, obteniendo un interesante semillero.

Cuando Juan Abilio tomó la dirección de la Banda de Música de La Victoria, los treinta y cinco músicos que la componían leían las partituras de manera intuitiva. Juan Abilio llegó con una ola de energía y una clara intención de perfeccionar lo que había. El nuevo y joven director gestionó becas para que los miembros de la banda pudieran estudiar en el Conservatorio de Santa Cruz, que en ese entonces estaba en la calle Viera y Clavijo. Traía refuerzos desde Las Candelas tanto para tocar como para compartir el conocimiento musical y empezó a sacar a la banda para que se dejara ver claramente el avance logrado. La Banda de Música de La Victoria participó de esta manera en el Concurso de Bandas de Música celebrado en el teatro Guimerá en 1986, ganando el segundo premio. El ayuntamiento, considerando el tiempo que llevaba ejerciendo como director de la banda, acordó en un pleno hacerle un contrato de algunos meses.

—Venga ¡Otra vez! Atención a los tiempos...—
Santiago Reig animaba a la banda a conseguir nuevos
objetivos diariamente.

En 1985 Las Candelas volvió a presentarse en Valencia. Santiago Reig, el viejo capitán, con su experiencia de años y su habitual método consistente e intenso, le ayudó a montar la obra mientras Silvia se encargaba de montar todos los metales. Santiago Reig se puso frente a Las Candelas una y otra vez. Le ayudó con *La patria chica*, una zarzuela particularmente compleja y le ayudó a conducir aquellos grandes talentos en su interpretación, hasta que Abilio se adueñó naturalmente de la dirección con toda tranquilidad y dominio, tanto en la zarzuela como en la obra de libre elección.

El resultado de Valencia también fue un gran logro para la banda, que obtuvo la mención de honor especial de la sección en que participó.

EL ADIÓS DE JUAN ABILIO

—Creo que te puedo recomendar algo mejor de lo que me estás planteando —dijo el director de la Banda de El Hierro a Miguel Ángel García.

En 1988, era el vicepresidente de la Asociación Musical de Nuestra Señora de Guadalupe. Se había ido a El Hierro con la idea de descansar y, secretamente, con la ilusión de encontrar un nuevo director, ojalá valenciano, para la Banda del Patronato Insular de Música de La Gomera. Fue preguntando a varias personas por la Banda de Música de El Hierro hasta que dio con el director.

—Se trata de un joven de Tenerife, Juan Abilio Alonso, hijo del director de Las Candelas, de Candelaria...

Miguel Ángel llamó a la casa de Abilio, quien a su vez lo puso en contacto con su hijo. —Yo le sugiero que se venga una semana con nosotros —dijo Miguel Ángel prudentemente.

—Si le gusta y usted nos gusta, pues ya veríamos para un contrato estable...

Juan Abilio se fue a La Gomera, no sin antes dejar la Banda de La Victoria y la Banda juvenil de Las Candelas en las mejores manos: las de su hermana Silvia.

En La Gomera, Juan Abilio estrechó lazos profundos con lo músicos y músicas de la banda, organizó un coro, logrando estabilizar la agrupación y alcanzando importantes logros con ella, como fue la creación del *Himno de la Unión de Deportes La Gomera*, además de otras piezas musicales como *Laurisilva*, escrita para instrumentos de metal y el pasodoble *San Sebastián*, actual himno de la ciudad.

Una mañana límpida en La Gomera Juan Abilio se sumergió en el agua refrescándose y estirando su cuerpo. Empezó a nadar. Una brazada, otra brazada, hasta sentir que se desplazaba y que por cada metro avanzado adquiría nueva vitalidad. Pocos días atrás había hablado con su madre y había hecho para ella un resumen de su vida, casi un informe de la persona que era: sus gustos, sus sensaciones; había compartido con Andrea su mirada del mundo y de sí mismo. Una deliciosa sensación de paz y quietud se adueñaron de él y, aunque sacó la cabeza del agua, cerró los ojos. De pronto todos sus sueños, las imágenes, los recuerdos, desaparecieron como evaporándose. Juan Abilio se durmió acariciado por las ondas del mar. El mar penetró en sus poros y en sus pulmones, diluyó su cabello, lo meció lentamente como una melodía dulce y suave, hasta que sólo su cuerpo quedó anclado a la tierra y su espíritu se hizo a la luz.

Fue velado en el salón del plenos del ayuntamiento de San Sebastián de La Gomera. Horas después, Candelaria se despedía de Juan Abilio Alonso Fariña y Juan Abilio se despedía de la Basílica, de Las Candelas, de su madre y su energía, de su padre y sus primeras lecciones de música, de las aventuras de la

Playboy, de las risas con sus compañeros, del Conservatorio, de los recuerdos, de su pequeño, su pequeño Denis, de su hermana que seguiría trabajando en aquello que él no alcanzara, de su pueblo, de las puestas de sol frente al mar, de La Gomera... y se alejó buscando nuevas melodías por los caminos propios de esos mundos tan sutiles, que los seres de carne y hueso no pueden siquiera imaginar.

Abilio no supo muy bien donde poner su desazón y la natural y profunda angustia de perder un hijo, un hijo como Juan Abilio; el mejor reflejo que habría soñado de sí mismo en un hijo varón. Y para tener un refugio seguro y una oportunidad de sanar, se volcó en la banda en cuerpo y alma, y jugó todas sus cartas para trocar lágrimas por notas y sollozos por partituras. Se esforzó como siempre y como nunca en conseguir el mejor sonido y se pasó horas con sus alumnos músicos hasta que el cansancio y sólo el cansancio podía detenerle y hacerle volver a casa. Poco tiempo después, hizo un nuevo debut, pero esta vez se trató de diabetes mellitus. Sin embargo él no permitió que las analíticas, ni tratamientos, ni la diabetes en sí misma detuvieran su camino. Se recuperó a punta de música y tocando, entre otras cosas, la pieza musical compuesta por su hijo que le supusiera el mayor reconocimiento en La Gomera: el *Himno de San Sebastián*.

Un año después de la partida de la joven promesa, el ciclo de música celebrado en Candelaria llevó su nombre como homenaje.

LA VIDA Y LAS PARTITURAS...

A su vez, en el año 1991, Antonio Hernández, alcalde de Candelaria, decidió que había pasado suficiente tiempo desde la creación de la Banda Las Candelas como para que su director aún no contara con un salario normalizado. Llevó a pleno la idea de asignarle un sueldo y Abilio por un momento temió que las diferencias políticas entre gobierno y oposición pusieran en riesgo la idea, pero la moción contó con la aprobación unánime de la corporación. Habían pasado dieciséis años desde la creación de Las Candelas, dieciséis años sin que Abilio exigiera una retribución justa por su trabajo.

Se gestaba la idea de lo que hoy es Las Candelitas, una banda estrictamente juvenil creada por Juan Abilio, que tras su fallecimiento fue continuada por Abilio padre. En 1992 tuvo su primera actuación relevante, presentándose en el Certamen de Bandas de Música celebrado en Gáldar, Gran Canaria, bajo la dirección de Silvia, ocasión en que quedó finalista.

Cuatro años más tarde, Andrea se había levantado para ir a cubrir un turno en la Residencia. Al salir, vio la luz de la casa de Vicenta encendida y se preguntó si algo había pasado, preocupada por un infarto que había sufrido poco tiempo atrás aquella mujer que, secretamente, sentía más tía suya que de su marido. Se lo pensó un par de segundos, pero luego concluyó que quizás había madrugado por alguna razón y partió a su trabajo con los minutos contados. En medio de su jornada laboral recibió la llamada: Vicenta se había quedado

dormida en su sillón, sentada, contemplando probablemente los primeros rayos del sol. Así la encontraron, serena, con el rostro iluminado y casi sonriente, quizás por lo agradable del paseo que había tenido la tarde anterior con sus hijas y nietas. *Yo no le tengo miedo a la muerte, mi niña*, le decía a Andrea en medio de las confidencias, *solo quiero que sea más bien rápido, sin tener tiempo de sufrir*. Y Andrea supo entonces que aquel deseo de Vicenta se había hecho realidad.

Y Abilio, que ya se había despedido de su madre, de su padre y de su hijo, se despidió también de Vicenta y acarició por última vez el recuerdo del camino a Arafo, con su tía llevando los cazos de leche en la cabeza para volver por el mismo camino conversando y riendo.

Pese a las críticas y el escepticismo de un sector del mundo bandístico, la mayor parte del repertorio interpretado por Las Candelas empezó a ser principalmente música original para banda. La incorporación de nuevos instrumentos de percusión a la agrupación y la evolución en el estilo del repertorio, influenciados por el Certamen Internacional de Valencia, supuso un progreso que pronto arrastraría a muchas otras bandas de la isla.

Desde el año 1983, Las Candelas además había trabajado para incluir instrumentos de cuerda en la agrupación, participando en el Certamen Internacional de Valencia con dos violonchelos en la plantilla. Aún así, pasaron varios años hasta que Abilio pudo añadir profesores de cuerda a la academia de la banda. La primera profesora que se incorporó a la academia fue

Frederike, profesora de violonchelo y, años más tarde, Antonio como profesor de contrabajo. Las cuerdas comenzaron a hacerse sentir en la calle de la Arena, para sorpresa de muchos. Las Candelas de esta manera, se estaba convirtiendo en una banda sinfónica.

La academia continuaba creciendo y, durante 1996, Montserrat, por propia iniciativa, empezó a dar clases a los más pequeños, desde tres años. Abilio a veces la miraba al pasar, desde el marco de la puerta y recordaba a aquella niña pequeña, que en el año 1983 recibiera de las manos de su padre un clarinete, tal como le había ocurrido a él cuarenta años antes. Montse, que iba feliz a aprender los secretos de la música tal como él lo hizo, estaba convencida de que su padre decía la verdad y que si estudiaba mucho podría tener un coche gracias al prodigioso instrumento que tenía en sus manos. Era increíble ver como aquella pequeña niña entusiasta y trabajadora ya era una verdadera maestra y era conmovedor verla compartir sus conocimientos con los instrumentistas del futuro.

Ese mismo año, el reducido grupo de los niños y niñas que llegaban atraídos por el sonido que escuchaban desde las cercanías de la academia, se fue incrementando. Cada semana llegaban padres o madres preguntando por las clases para menores de seis años, hasta que empezaron a llegar los instrumentos que, como en un cuento de hadas, se adaptaran a sus diminutos intérpretes: trompas, trompetas, trombones de varas, pequeños violoncellos y más.

El resto de los profesores de la academia, sin terminar de salir de la sorpresa, por la excelente respuesta de los músicos del futuro de Las Candelas, se sumaron fascinados al proyecto y trabajaron la metodología para los pequeñines: Nona, profesora de solfeo; Blanca, Evaristo, Bernardo, Antonio, Jesús, Elena, Frederike y Silvia, que se encargaban de enseñar el arte de hacer volar las notas con sus instrumentos... y el mismo Abilio. Ya no sólo había crecido el número de alumnos de solfeo con estas edades; en ese momento la academia contaba con más de treinta pequeños instrumentistas, algunos de ellos con cuatro años de edad.

- Voy a presentar un proyecto al ayuntamiento, Charlie
- confidenció Silvia a su marido, un par de años después.
- ¿Crees que lo aceptarán?
- Pues, si es por gestión, que no quede...—agregó Silvia decidida, mientras hacía números.

El proyecto fue bien recibido en abril de 2003 se hizo entrega de los instrumentos a los niños que estaban preparados. En noviembre del mismo año, en la festividad de Santa Cecilia, se presentó de forma oficial la Banda Infantil Las Candelitas, que en la actualidad sigue funcionando con éxito y aprobación por parte de las autoridades, de los padres y madres, contando con unos cincuenta componentes.

Había pasado tiempo después de la última actuación de la Playboy y Abilio empezó con la Orquesta Los Brumas, compuesta por ocho músicos. Los Brumas tocaron en la

mayoría de los pueblos de la isla, particularmente en el Casino de Santa Cruz. También grabaron un cassette que alcanzó a sonar en fiestas y en las casas de muchas familias tinerfeñas. Abilio permaneció junto a ellos hasta aproximadamente 2002.

Por la partitura de la vida de Abilio, habían pasado muchos inviernos cuando junto a Andrea, se encontró con “Rancho”, su primer profesor de saxo. Los años habían cambiado mucho al que había sido el terror de los corazones juveniles de las señoritas de Arafo. Habían sido para Rancho décadas entregadas por completo a la Banda de Música de Santa Cruz y habían pasado casi veinte años desde que tocara junto a Abilio por última vez, en Valencia, cuando logró tocar la más dulce miel del triunfo con sus propios labios. Fue entonces la última vez en que Abilio vio en los ojos de “Rancho” aquel brillo que tenían, cuando de jóvenes ensayaban para tocar en los bailes. Fue entonces la última vez que le vio sonreír después de tocar su saxo y le pareció que despertaba en él aquella luz que emanaba de su voz cuando le dijo en el año cincuenta: *Y Mira... ¿y... por qué no te unes a nosotros?*

—¿Qué pasó, “Rancho”?

—Pues aquí estoy... comprando...

—¿Y sigues en la Banda de Santa Cruz?

—¡Qué va! Me jubilé ya hace tiempo... No entiendo cómo tú puedes seguir haciendo lo mismo—dijo con una sombra en la voz. Lo que Abilio y Andrea no pudieron entender fue que Rancho, el “Rancho” de siempre, el que enseñara a Abilio a tocar el saxofón, no pudiera entenderlo. Abilio balbuceó algunas palabras

conciliadoras y pensó: *Porque cuando a un músico le han quitado la música, se lo han quitado todo.*

Una mañana de primavera fue declarado hijo predilecto de Candelaria, concretamente, el 15 de abril de 2007, en el salón de plenos del ayuntamiento, presidido por José Gumersindo García. Para entonces y hasta 2011, catorce miembros de la familia Alonso Fariña se encuentran en la Banda de Música Las Candelas: Nona, su marido y sus cuatro hijos; Silvia y su marido; además de los nietos: Mauro Alejandro, que terminó la carrera de bombardino en 2009; Elena, que cursa estudios superiores de flauta y oboe y toca en la Banda La Fé, la antigua banda municipal; Irene que cursa estudios profesionales de trompa y piano, además de Alba, que estudia clarinete. Denis, que es percusionista, da clases en la academia y también es componente de la Banda La Fé, de La Laguna.

Finalmente el local del Teleclub, después de las numerosas transformaciones, vio terminada su última gran reforma, financiada por el ayuntamiento, para lo que la banda debió dejarlo durante dos años, tiempo durante el cual los ensayos tuvieron lugar en el Centro Cultural de Las Cuevecitas. El día 24 de noviembre de 2008 se inauguró el local, y recibió el nombre de Casa de la Música Abilio Alonso Otazo. En ese momento, el número de monitores de la academia había crecido gradualmente con los años, hasta un total de quince, que estaban dando clases de solfeo e instrumentos de diversos tipos.

Las Candelas ha añadido a su repertorio, en la actualidad, bandas sonoras de películas: desde *Bonanza* hasta *El Señor de*

los Anillos, sin dejar atrás éxitos como *Gladiator* o *La Marca del Zorro*. La última banda sonora que se interpretó fue *El Último Mohicano*, reemplazando el protagonismo de los violines con clarinetes. Además, contempla la interpretación de obras de compositores contemporáneos de bandas como Joan Barnes, Robert Smith, fuera de los grandes autores de siempre: Chopin, Beethoven y más. Nada queda fuera del poder interpretativo de Las Candelas, ni las piezas de gran complejidad ni las obras dulces y de sabor conocido, como los danzones cubanos. Todo brota de los músicos y músicas de la gran banda sinfónica, de acuerdo a la dirección de las manos y la batuta de Abilio.

Silvia selecciona el repertorio para las bandas juvenil e infantil cuidando de que exista un equilibrio entre los instrumentos, para que cada uno de ellos pueda apreciarse adecuadamente en las manos de las niñas y niños y cuida que la música tenga siempre un sabor diferente a lo acostumbrado, para que deje una sensación nueva en las bandas y en quiénes sean su público.

La Casa de la Música Abilio Alonso Otazo, ofrece las condiciones que ningún espacio anterior tuvo para que Abilio y todos los monitores y monitoras de la academia trabajen de manera óptima. Con un gran salón insonorizado que permite gran comodidad en los ensayos, además de salas de estudio, oficinas y una terraza balcón que se presta a las actividades de esparcimiento y convivencia.

Como director de Las Candelas, Abilio ha seguido creciendo con los años. Escucha el repertorio a preparar y

muchas veces entrecierra los ojos, hasta que cada uno de los sonidos quedan registrados de manera indeleble en su memoria. Luego lo lleva a la banda.

Con admiración y a veces con ternura, los músicos miran a su director y viceversa. El secreto siempre ha sido saber, que si una mala ejecución hace que el maestro olvide dónde vio la paciencia por última vez, pasará, pasará en el siguiente compás correctamente ejecutado, pasará en la siguiente armonía que acaricie la pasión de Abilio por el sonido perfecto o pasará cuando Abilio crea que ha causado alguna sombra de tristeza y desazón. Y tanto, tanto pasará, que cuando el o la aprendiz logre tocar una pieza con el corazón y con disciplina más de una vez, el maestro irá con los demás y dirá: *¿Saben? Esta chica (o chico) no es cualquier cosa; esta chica tiene talento*, y lo dirá mientras se le infla el pecho a rebosar de orgullo de haber participado en la creación de una nueva genialidad de la casa, porque así es la casa, la Casa de la Música Abilio Alonso Otazo.

Actualmente, la banda cuenta con más de noventa y dos miembros entre Las Candelas y Las Candelitas, dirigida por Silvia, mientras Abilio, junto a los tres miembros de la Orquesta Casablanca con la que toca actualmente y junto a Andrea, la jovencita que a los quince le dijo “sí”, sigue sumando nuevas notas, acordes y melodías a las partituras de su vida.

OTRAS FUENTES

(Enlaces)

◆ Web Municipal de Arafo.

http://www.arafo.es/pub/documentos/documentos_Tradicion_municipal_612b32ce.pdf

◆ Web Banda La Candelaria.

<http://bandalacandelaria.org/page-14.html>

◆ Boletín Oficial del Estado, 23 de Mayo de 1981

<http://www.boe.es/boe/dias/1981/05/23/pdfs/A11209-11210.pdf>

◆ Honores y distinciones recibidos y concedidos por el ayuntamiento de Candelaria.

Octavio Rodríguez Delgado.

http://ns210221.ovh.net/opencms/export/sites/ayuntamiento/ayuntamiento_es/delegaciones/GabineteAlcaldia/Gabinete_Alcaldia/honores_y_distinciones.pdf

◆ Galería de Candelarieros Ilustres.

Octavio Rodríguez Delgado.

http://www.candelaria.es/opencms/export/sites/ayuntamiento/ayuntamiento_es/delegaciones/GabineteAlcaldia/Gabinete_Alcaldia/GALERxA_DE_CANDELARIEROS_ILUSTRES-web.pdf

- ◆ Página web oficial: Certamen Internacional de Bandas de Música Ciudad de Valencia.

<http://www.cibm-valencia.com/>

- ◆ La fonoteca. Net (Los tres de Castilla)

<http://lafonoteca.net/discos/1er-festival-de-la-costa-verde>

- ◆ Web de Manolo Ramos

<http://www.manoloramos.es/index.html>

- ◆ La Libreta de José Sindo (Blog)

<http://josesindo.es/2008/05/17/un-sabado-ajetreado-y-emotivo/>

- ◆ Relación de Alcaldes del Municipio de Candelaria. Octavio Rodríguez Delgado.

http://www.candelaria.es/opencms/export/sites/ayuntamiento/ayuntamiento_es/delegaciones/GabineteAlcaldia/Gabinete_Alcaldia/ALCALDES_CANDELARIA-web.pdf

- ◆ Autopasión 18 (Información sobre coches Hudson)¹

<http://www.autopasion18.com/HISTORIA-HUDSON.htm>

¹ La fuente, tuvo por objetivo aclarar a qué marca real de coche correspondían los populares coches conocidos como “Uson”.

ABILIO ALONSO OTAZO



ÁLBUM FOTOGRÁFICO



**Antes de un baile, Orquesta Iris en la barriada
García Escámez de Santa Cruz.**



Orquesta Río de Oro en un baile.



Plancha con la que Susana estiraba la ropa de su hijo antes de sus primeras presentaciones.



Abilio a los 15 años, con amigos de la Banda La Candelaria en las Fiestas de Adeje.



**En la banda La Candelaria. Al frente, Ernesto
Correa Negrín.**



En el Servicio Militar: Arriba: Pepe (de Arafo), José Serrano, Rubén, Abajo: Abilio y Antonio “Tabanzo”.



Lámpara de gas con las que se iluminaban los salones en los bailes en los que Abilio actuaba con su clarinete o saxo.



Abilio a los 20 años.



Cumpleaños N° 15 de Andrea (al centro) junto a su hermana Felipa y su sobrina (a la izquierda), su cuñada Rosa (derecha) y una pequeña amiga de su sobrina.



Matrimonio de Abilio y Andrea, fotomontaje.



Bautizo de Silvia.



**Izq. a der. : Abilio, Juanico, amigo de la familia;
Adolfo “Fillo”, hijo de Vicenta, Juan Abilio (con
pocos años), y Lázaro Manuel.**



**Abilio y Andrea en la boda de unos amigos a los que
apadrinaron. 7 u 8 años de casados.**



Abilio y Andrea bailando. 10 años de casados, aprox.



**Orquesta Tenerife: De pie: Abelino, Abilio, Nito,
Eliseo. En cuclillas. Bernardo, Domingo, José.**



Orquesta Tenerife.



Abilio, Andrea y sus hijos: Juan Abilio y Silvia.



Orquesta Tenerife años 70.



Orquesta Play Boy.



Abilio Director Banda Las Candelas.



Láraro Alonso, Mencey de los Guanches.



**Silvia dirigiendo la banda Juvenil en Carnavales
(fines de los años 80).**



Juan Abilio dirigiendo la banda de La Gomera.



**Banda del Patronato Insular de Música de
La Gomera.**



Juan Abilio después de una presentación.



Abilio dirigiendo Las Candelas.



**Silvia dirigiendo Las Candelitas en la entrega de la
Casa de la Música, año 2008.**



Abilio y Andrea en sus Bodas de Oro.



LAS CANDELAS

**Banda Las Candelas después de su primera
presentación en el año 1976.**



LAS CANDELAS
Banda Las Candelas.



LAS CANDELAS
Banda las Candelas en la iglesia...



LAS CANDELAS

**Banda Las candelas. Presentación en casa matriz de
Caja Canarias.**



LAS CANDELAS

Banda Las Candelas en la inauguración del Espacio Cultural Cine Viejo de Canelaria.



LAS CANDELAS

Abilio saluda al público tras concierto

ABILIO
ALONSO OTAZO



ÁLBUM FOTOGRÁFICO





Ayuntamiento de
Candelaria

